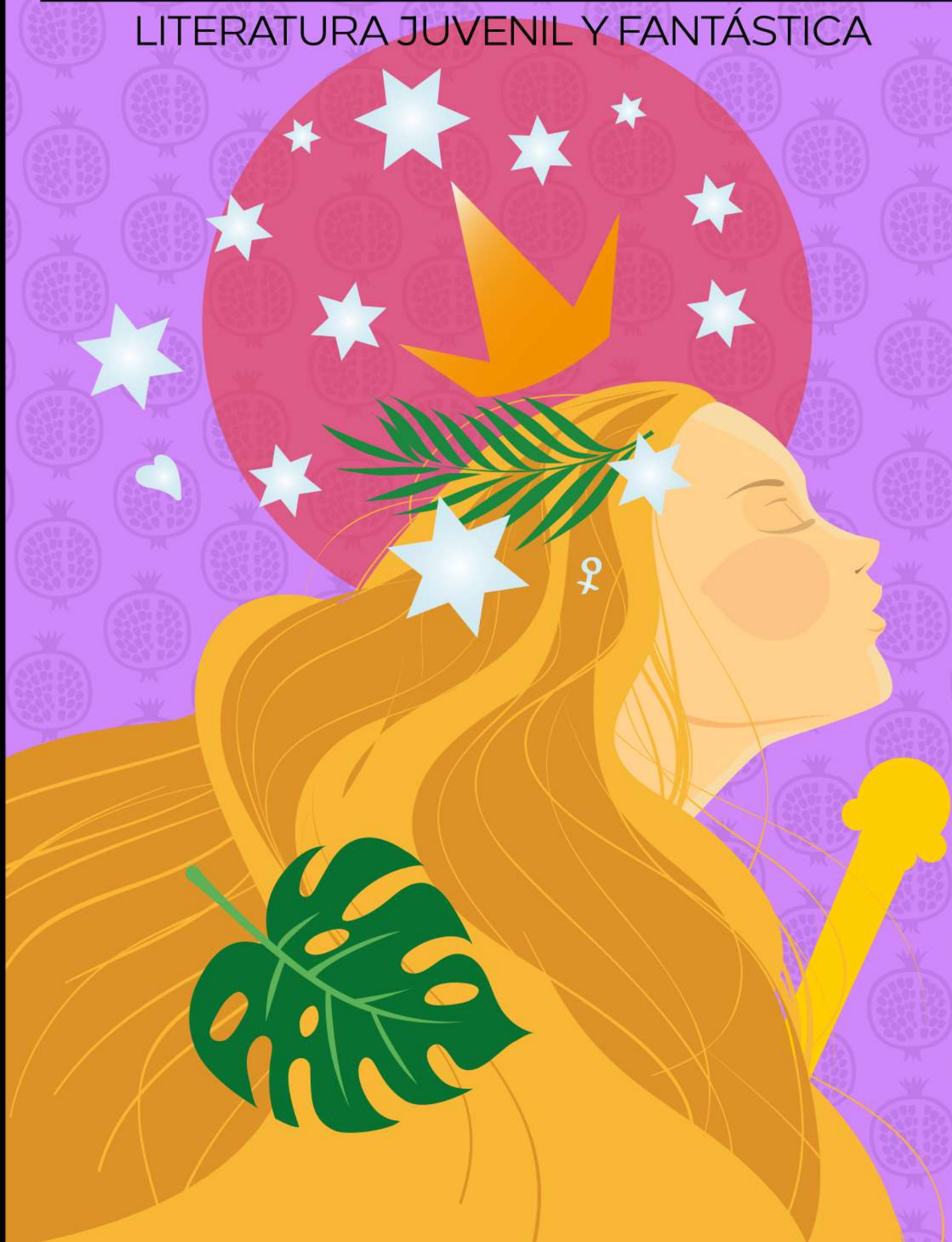


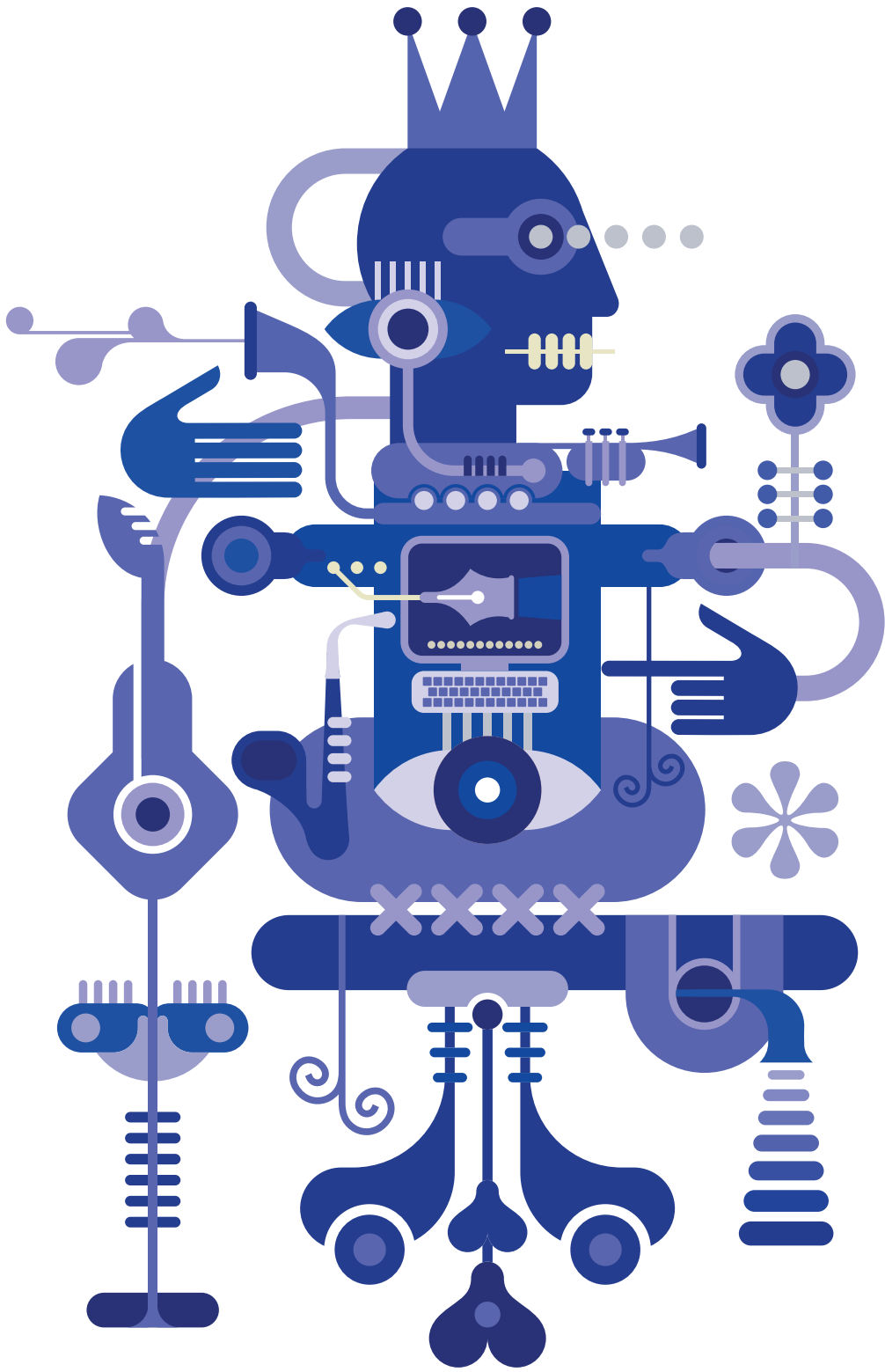
REVISTA

PRISMÁ

LITERATURA JUVENIL Y FANTÁSTICA

NÚM. 3 DICIEMBRE 2022





CONTENIDO

5

EDITORIAL

9

AZUL O ROJA

17

I-31-RO

35

KRYPTeia

45

**LA BATALLA POR EL RÍO
VELANTYO**

REVISTA PRISMA

EDITORIAL

CONSEJO EDITORIAL MARLI BROSGEN

REIMAGINAR EL MUNDO

NÚMERO 3, 9 FEBRERO 2023

UN INAGOTABLE
REMANENTE
DE DOS MUNDOS
POSIBLES

El género fantástico, tal como los antiguos poemas épicos y la tradición oral rescatada por los románticos, nos impresiona por su inagotable potencial para trascender la inmediatez de lo mundano y quebrantar los límites de la realidad, no sólo como alegre ejercicio de la imaginación, que nos reconcilia con aquello que conmueve hasta desbordar (las fuerzas irrefrenables de la naturaleza y la historia, lo onírico, lo desconocido y lo inabarcable...), sino también por su mirada incisiva, que no pierde de vista los asuntos más humanos. Esto último es, quizás, uno de los más importantes argumentos en favor de su relevancia literaria y social: el ejercicio de repensar y re-simbolizar aquello que atañe más íntimamente a la humanidad.

La literatura de fantasía refleja la belleza y complejidad de nuestra heterogeneidad, desdibuja ritos y protocolos, ahonda en los problemas propios de la interpersonalidad y nunca deja de preocuparse por esa complicada (pero inexorable y fundamental) relación entre el ser humano y la naturaleza. Todo esto enmarcado en el viaje, la aventura y aquello que solemos englobar cuando hablamos de lo mágico. De Odiseo a Frodo y de la habitación del conejo blanco hasta la Sala de los Menesteres, la literatura Fantástica tiende un puente entre lo insólito y lo cotidiano, invitándonos siempre al asombro y llevándonos a suspender nuestra incredulidad, ese pacto ficcional en el que permitimos entrar a nuestras vidas un inagotable remanente de mundos extraordinarios.

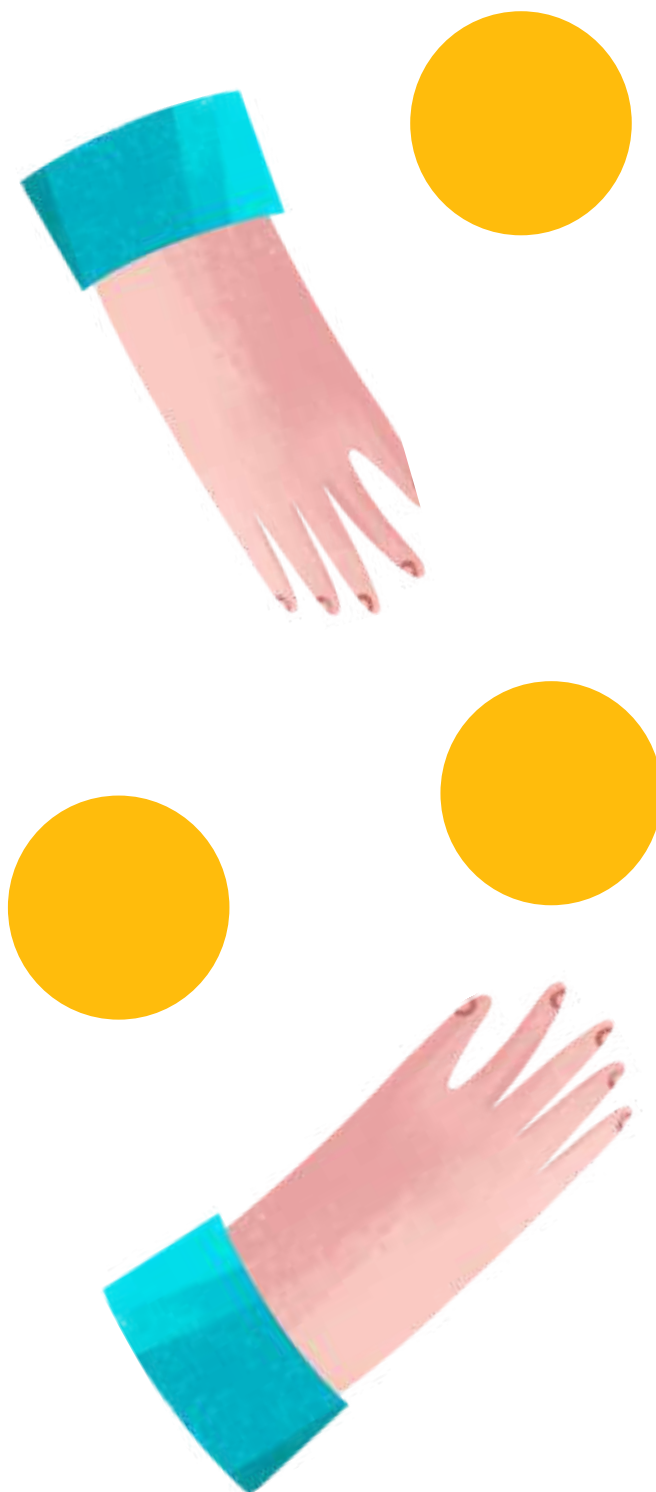
Por su parte, la Ciencia Ficción, hermana pitonisa de la Fantasía e hija de las ciencias naturales, nos muestra una inclinación hacia lo verosímil o lo plausible, proponiéndose, a veces, el trazado de una anatomía del porvenir (no por nada el autor John Wyndham la bautizaría como «fantasía lógica»). Mediada por un profundo interés en torno de los sueños de la razón humana (que, como reza el aguafuerte de «Los Caprichos» de Goya, produce monstruos, pero también produce maravillas), se afana asimismo en los problemas de índole ético, en el sondeo de mundos posibles y la exploración de lo desconocido. Así, consigue ser disruptiva en su especulación y políticamente transgresora en

sus reflexiones, mostrándose como la herramienta por antonomasia para la crítica solapada y la denuncia sutil; maquinaria excelentísima para diseñar utopías o anticipar escenarios distópicos que el tiempo no tarda en corroborar.

Mientras las sociedades avanzan raudas hacia desarrollo tecnológico, en aras de construir un mundo cada vez más proclive a nuestras necesidades y deseos, la Ciencia Ficción se vuelca sobre las preguntas: ¿esto que hemos creado, ¿qué hace de nosotros ahora?, Y ¿Qué clase de mundo queremos habitar realmente? Volviendo sobre el carácter premonitorio del género, dado lo impresionantes que resultan sus aciertos cuando la rueda del tiempo ha girado lo suficiente para que esa narrativa del futuro se haga, incluso, arcaica, quizá sea menester subrayar cómo estas historias se convierten en materia de inspiración y, a la larga, en profecías autocumplidas, sea que Julio Verne nos haya llevado a la luna (más que verlo venir) y que le debemos a William Gibson la invención del Internet.

En pocas palabras, el andamiaje de la ficción no es mero ornamento escapista (aunque nos invite a los viajes más maravillosos), porque los tropos que la Fantasía y la Ciencia Ficción trabajan (y los trabajan como el más virtuoso orfebre de los sueños) suelen estar cargados de esas mismas nociones que cimentan la idea de lo humano y que atañen tan íntimamente al ejercicio de la Filosofía (y, por consiguiente, a todas las ciencias sociales y empíricas). La ficción tiene el poder de tocar un nervio cultural y enraizarse para siempre en nuestros imaginarios, dibujando así el presente y el futuro, a la vez que rescata y reinventa una larga tradición.

Siendo tan evidente y demoledora su fuerza, parece que no necesitamos mayores argumentos en su defensa, más a sabiendas de que, como ávidos lectores del género (y de todos aquellos que se desprenden de él), algún sesgo tendremos. Aún así, no podemos sino ser intransigentes en señalar su importancia, hoy más que nunca, cuando la labor de reimaginar nuestro mundo se muestra crucial y nuestra mejor alternativa para superar las barreras del solipsismo es emplear el universo de lo simbólico y el vehículo de la ficción. Por eso seguiremos apostando fiel y férreamente por la difusión de las narrativas fantásticas y de Ciencia Ficción, aupando, a cualquiera que desee embarcarse en este mundo, ya sea como lectores o como autores, a ser siempre valientes y dejar que viaje libre la imaginación.



CONSEJO EDITORIAL
Revista Prisma



1

AZUL O ROJA

RAFAEL DÍAZ GAZTELU

RAFA DÍAZ ES FÍSICO, ESCRITOR DE CIENCIA FICCIÓN Y RESIDENTE PERMANENTE DEL SEGUNDO PLANETA DEL SISTEMA ALFA CENTAURI A. SUS DOS NOVELAS PUBLICADAS, EXOMUNDOS Y EXOTIEMPO PERTENECEN AL GÉNERO DE CIENCIA FICCIÓN HARD, Y EXPLORAN TEMAS DIVERSOS COMO LA COMUNICACIÓN, LOS ERRORES DEL SER HUMANO Y SU LUGAR EN LAS ESTRELLAS. HA PUBLICADO TAMBIÉN RELATOS EN ANTOLOGÍAS COMO A TRAVÉS DE LA ESCARCHA, FERNWEH: RUMBO A LO DESCONOCIDO, DIMENSIONES OCULTAS Y EN REVISTAS DE GÉNERO COMO SUPERSONIC O REVISTA DE HISTORIAS PERDIDAS. APARTE DE LA ESCRITURA, SE DEDICA AL ASESORAMIENTO Y DIVULGACIÓN DE MÉTODOS CIENTÍFICOS PARA LA CREACIÓN DE MUNDOS Y UNIVERSOS TANTO PARA ESCRITORES COMO PARA DESARROLLADORES DE VIDEOJUEGOS Y JUEGOS DE MESA.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR AL AUTOR DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!

Vivir en Marte es mucho más complicado de lo que imaginas, muchacha —dice la veterana, señalándome con un botellín a medio terminar—. Aquí vivimos como en la Antártida. Nada por allí —señala a una de las paredes de la cafetería, pero asumo que quiere señalar a la distancia—, nada por allí, nada por allá. —Va señalando las distintas paredes y yo, en un intento de comprender mejor sus intenciones, me imagino que señala por encima de las colinas rojas—. En fin, eso, que no hay adónde ir. ¿Te enteras? Y además siempre estamos a punto de morir.

—¿Morir? —interviene uno de los novatos, que parece que solo tiene oídos para las desgracias—. ¿Vamos a morir?

—¡Morir! —responde la veterana, apurando su botellín—. Oh, mierda. Klavius, haz el favor, ¿me traes otro tercio de cerveza marciana?

—¡Pero si no tiene alcohol!

—¡Ja! Tú tráela.

Klavius se levanta con un suspiro y se dirige a la barra. La cantina está a rebotar y tardará un rato en conseguir su cometido. Los trabajadores se agolpan en las mesas mientras uno de los módulos de descenso, el Vesta, baja dentro el tubo de lanzamiento como un tren vertical. La mole de metal puede verse por las ventanas, aún humeante tras la reentrada en la atmósfera. El estruendo que provoca en El Silo es un viejo conocido y ya no me asusta, es un fenómeno tan natural como el chorro de vapor que usan en la máquina de café para calentar la leche. Miro el Vesta con nostalgia, pues fue en ese mismo vehículo en el que descendí por primera vez sobre Marte, tras un largo viaje a bordo de la astronave Siloé, desde la Tierra. La Siloé había sido, en verdad, la nave que iba a la cabeza del grupo de buques espaciales que partían de la Tierra cada ventana de ocho meses en que los dos mundos estaban más cerca el uno del otro. Aquellas andanadas de naves espaciadas en el tiempo eran llamadas migraciones en la Tierra y, por otro lado, eran denominadas enjambres de moscas en Marte. Aquello había dejado de tener gracia en el momento en que puso un pie en el Planeta Rojo y comprobó que los ánimos allí estaban más caldeados de lo que querían contarles en la Tierra.

—Bueno, como iba diciendo, Marte siempre quiere matarte. Está todo el rato intentando matarnos a

todos. Es un ambiente hostil donde no puedes respirar, donde te hielas de frío. —La veterana está poniéndose siniestra—. Y aunque superes esas dos primeras dificultades, siempre te quedará el problema de la radiación que nos asesina poco a poco.

La veterana tiene razón. La instalación en la que vivimos está diseñada para protegernos al máximo, pues Marte carece de un campo magnético. La siempre presente bóveda de cristal vertical que le muestra las rugosas paredes del desfiladero y nos recuerda que el hab está incrustado en las paredes del valle Mariner como si se tratase de un percebe, recibiendo muy poca luz del sol. Los túneles horadan la roca roja y se extienden unos cinco kilómetros tierra adentro. La cristalería de la bóveda cubre una superficie de un kilómetro cuadrado. Pero lo que más llama la atención es el exagerado grosor de los muros y de los pilares, forjados en hormigón reforzado. La propia escalera por la que descienden y ascienden todos los días para ir a trabajar se enrosca en uno de aquellos pilares de talla faraónica.

Entonces Klavius vuelve con la cerveza marciana de la veterana y se la da.

—Nuestra alimentación depende de los cálculos de los nutriólogos que controlan los jardines hidropónicos. No hay carne, solo proteínas vegetales y sintéticas. Os hartaréis de beber agua reciclada y preferiréis esta mierda —explica la veterana, mostrando el botellín casi con orgullo—, aunque, si sabéis a quién preguntar, podréis conseguir lo que queréis para... conseguir un toque hogareño —añade, sacando de su chaqueta un frasquito muy pequeño y vertiendo su contenido dentro de su botella de cerveza marciana—. ¡Olvidad la Tierra! ¡Es cosa ya del pasado! Pero eso sí, no os acomodéis en Marte. Los jefes puede que hayan venido aquí a trabajar, sí, pero ellos pueden volver a su querida Tierra siempre que puedan. Son científicos y gentes de dineros y de alta vida. Nosotros somos obreros, trabajadoras. Somos gente humilde que pretende ganarse la vida. Somos quienes arriesgamos la vida. No ellos. Somos quienes estamos forjando nuestro futuro jardín. Y además nos debemos a aquellos que llevan décadas muriendo aquí, dando la vida para que ahora tú puedas beberte esa cerveza sintética y sin alcohol. Ellos, Azules. Nosotras, Rojas.

—¿Somos Rojas? ¡Yo acabo de llegar de la Tierra! ¿No significa que soy Azul? —alego yo, más por darle conversación a la veterana que por llevarle la contraria.

—Lo serás. Cada vez serás menos Azul y más Roja. Los que no trabajan, los que se lucran, los que dirigen y que perciben las compensaciones monetarias... esos son Azules. ¿Sabes por qué ellos son Azules y tú no? Porque ellos solo están aquí para sacar tajada, y tú no eres así. Tú has venido a dejarte la piel en Marte. Marte te ha acogido, te ha dado un trabajo y un propósito de vida, y aquí todos somos una gran familia. Marte es un planeta mucho más pequeño que la Tierra, y quizás aquello dota de un nuevo significado al dicho ese de: «El mundo es un pañuelo».

No es ningún secreto que muchos habitantes de Marte (sobre todo los que llevan más tiempo o los que han nacido allí) se ven unidos por un sentimiento de abandono por parte de la gente de la Tierra, así como una cierta aversión a los nacidos en el Planeta Azul o en la Luna. La filosofía va más allá de las condiciones laborales: los marcianos alegan que los terrícolas han destruido su propio mundo, polucionándolo durante siglos, y no quieren que la barbarie se repita en el futuro Marte recién terraformado.

—¿Conocéis ya los Nuevos Horadados? —pregunta la veterana, en apariencia cambiando de tema, pero tengo la certeza de que va a reforzar su anterior discurso con una anécdota.

Todas asentimos. Todas hemos caminado por los pasillos del nivel medio, justo por debajo de las oficinas. Aquello se denomina Nuevos Horadados por la gente, pues aquel túnel está recién excavado y al parecer van a colocar un nuevo complejo de oficinas y una biblioteca municipal en la caverna circular que les espera al final del mismo. En el lateral izquierdo de la galería, una gran vitrina exhibe algunas de las antiguas sondas que la NASA ha estado enviado a Marte antes de la colonización: están la Pathfinder (o lo que queda de ella), una de las Viking y la Opportunity, que son del tamaño de un automóvil pequeño. La Perseverance, mucho más grande, está expuesta en el centro del complejo oficinista.

—Oh... Acabáis de llegar y aún no lo sabéis, pero ahí presencié una de las más cruentas matanzas de la historia. Trabajadores protestando por las condiciones laborales, por sus sueldos mínimos y por las incontables pérdidas humanas que los Azules suplían con desembolsos de dinero... Y entonces aparecieron los agentes. Agentes sin número de placa y sin rostro acorralaron a los manifestantes y los molieron a palos. No era la policía del hab, no —dice, guiñándome un

ojo, pero sin perder el tono grave—. Eran mercenarios. Yo también me llevé una zurra, ¿sabéis? Aunque solo pasaba por allí.

Las miradas de desaprobación que recibe la veterana es lo que quizás la impulsa a añadir:

—Yo llevo en Marte muchísimo tiempo, niñas, mucho más que vosotras. He trabajado en su forja y la tarea que tenéis por delante no es absolutamente nada comparado con lo que mi gente y yo hemos sufrido. No permitiremos que los Azules se adueñen de lo nuestro ahora que hemos conseguido nuestros objetivos, ahora que tenemos nuestro mundo rojo a nuestra disposición.

—No pueden saltarse la ley a la torera —tercia Klavius, a sabiendas de que, a aquellas alturas, casi comulga con los preceptos de los Rojos—. Las mismas leyes que les permitieron llegar aquí y construir su hogar son las que ahora pretenden ignorar o detonar.

—Sí que pueden. Y lo harán. Y nadie se lo podrá evitar —responde la veterana—. Es como si intentaseis detener una riada con un contrato. A los Azules solo les queda adaptarse y aceptar de buen grado lo que es nuestro por derecho. Como os he dicho antes, tras algún tiempo en Marte seréis menos Azules y más Rojos, y entonces cantaréis a nuestro son por vuestra propia voluntad y con alegría. Entonces seréis más felices y tendréis paz interior. Y lucharemos juntos. Marte forja almas rebeldes. Ya lo comprobaréis.

—¿Entonces qué debemos hacer? —inquire una de las muchachas nuevas desde el fondo de la mesa.

—¿Lo primero? Correrse —dice la veterana, y más de uno se pone rojo, pero de vergüenza—. Es el mejor comienzo. Lo primero que debéis tener en Marte es un orgasmo. Además, la saturación de oxígeno en el aire y la baja gravedad harán de la experiencia algo mucho más intenso, ya veréis. ¡Oh, venga ya! —Se indigna, señalando a los turbados—. ¡Abandonad ya esa moralidad caduca de la Tierra! Aquí en Marte somos gente nueva, con ideas progresistas. ¡Os veréis los culos todos los días en las duchas colectivas!

Aunque comulga con las cosas que dice la veterana, me doy cuenta de que la mujer está desvariando, quizás por entusiasmo sin más o quizás porque lo que le ha echado a la cerveza sin alcohol se le está subiendo a la cabeza. De alguna manera me retrotraigo a lo primero que pude ver de Marte desde el módulo de descenso Vesta. Pude ver la inmensa planicie rojiza extenderse en todas direcciones, sembrada de cráteres

olvidados y rugosos. Pude ver antiguos guyots submarinos que se agolpaban en caprichosas disposiciones, y fantaseé con el día en que todo aquello volviera a estar bajo el agua una vez más. El cielo ocre exhibía trazos nubosos que se desordenan en lontananza, cerca de donde ella sabe que está el antiguo cráter artificial de Tántalus, donde durante años los humanos hemos estado inyectando asteroides fundidos en el subsuelo de Marte para aumentar la gravedad del planeta y adecuarla a límites tolerables para el ser humano (de otro modo, futuras generaciones de gente nacida en Marte tendrían osteoporosis crónica).

La veterana se pone a cantar un himno marciano, compuesto durante las primeras semanas de la colonización y que se ha hecho viral desde entonces. Está entre dejándose llevar por el entusiasmo y borracha como una cuba. Esto me lleva a pensar en la manera tan descarada con la que ha pretendido adoctrinarnos con su pueril distinción entre Azules o Rojas. Cuando se plantearon colonizar Marte, ¿pensaron en la cantidad de gente con ganas de camorra o con auténticos sesgos populistas que iban a encerrar en una lata aislada en mitad del desierto?

Las cosas que ha dicho, sin embargo, me calan en lo hondo. Me voy a la cama temprano, y en la soledad de mi cubículo colonial pienso en la idiosincrasia Azul-Roja. ¿En qué punto de aquel espectro me sitúo yo? Me duermo dándole vueltas al asunto, pero intentando recuperar fuerzas, pues me espera una larga caminata por el desierto.

A la mañana siguiente asciendo con pesadez por la superficie inclinada de las laderas del volcán extinto Albor Tholus. Mis botas se hunden en la arenosa superficie que parece retroceder, devaluando el valor de cada paso y dándome la horrible sensación de no avanzar nada. Por cada paso que doy, avanzo medio. Es desesperante. Mis compañeros de excursión están en las mismas, y algunos (los más rezagados) descansan parados al final del grupo de ascenso, y quizás terminarán claudicando.

El traje presurizado tampoco ayuda: veinte kilos de kevlar, cromo, grafeno y aluminio transparente que me separan de la muerte. Lo que mucha gente no sabe es que puedes respirar el oxígeno de la atmósfera de Marte, pero no puedes sobrevivir a la baja presión ni al tremendo frío. El guía entonces nos habla desde la cabeza de la comitiva, dándonos ánimos. Sigo caminando por la empinada superficie de aquel

volcán interminable. Sé que se trataba de un volcán en escudo, idéntico al Mauna Loa de Hawaii, en la Tierra, y que pertenecía a un triunvirato: miro al noroeste y veo la triangular figura del monte Elysium, que asoma por encima del horizonte como una ciclópea espina dorsal.

La comunidad que organiza aquellas excursiones (completamente legales) se hace llamar Nuestro Marte, y prometen una experiencia inolvidable, no solo debida a la actividad física, sino también aderezada con conocimientos sobre el mundo que pisan y aspectos de la realidad que nadie se había planteado hasta el momento. Me uní a ellos por mi afición al atletismo y al ejercicio físico, así como mi curiosidad por el senderismo y mis deseos en incurrir en ese deporte. Por otro lado, mi ideología supuestamente Roja (de acuerdo con los cánones de la veterana de la cantina) me invitaba a conocer más el mundo que habito.

Tras darle vueltas a la disertación de la veterana, me siento completamente Roja. No desprecio del todo a los Azules, pero los miro con condescendencia y con un cierto sentido del paternalismo. Los Azules vienen de su planeta gastado en busca de una nueva vida en Marte, pero lo que me empieza a dar rabia es que lo hagan ahora que el planeta está a su alcance. Y sin ningún tipo de respeto.

No lo hicieron cuando había que arrimar el hombro y vivir en las profundidades del suelo, no. Vinieron cuando ya se podía caminar por la superficie, cuando las primeras ciudades ya constelaban la superficie marciana. Venían cuando detectaron el florecer de una economía pura y renovada, basada en recursos y energía casi ilimitada, así como ganas de volver a empezar de cero y triunfar como especie.

Aquella victoria pertenece a los Rojos, no a los Azules. Los frutos del duro trabajo pertenecen a los hijos de Marte, no a los visitantes del planeta Azul. De igual manera que a los de Nuestro Marte, me parece que no tiene el más mínimo sentido que se permitiese a las titánicas corporaciones de la Tierra desembarcar en el mimado tesoro que hemos construido a sacar tajada como buitres. Ese comportamiento me asquea, me saca de quicio. Tengo que apoyar a aquellos que votan por un Marte para los marcianos, un Marte acorde y para las gentes de Marte. La organización Nuestro Marte incita de buena gana a conocer los fundamentos de la cultura marciana, así como el vínculo creado entre el planeta y las gentes que llevamos

ya más de un siglo ocupándolo. Hablan incluso de un significado oculto imbuido en su superficie, en las cuencas sedimentarias, en los ríos invertidos y en las colinas. Aquello despertó enseguida mi escepticismo, pero también puso en marcha los complejos mecanismos de mi curiosidad.

El monte Albor Tholus es desesperante de ascender. Su pendiente es dura, pero la curva es suave y no se ve la cima. Solo ascendemos por una pendiente interminable de arena suelta que desespera a cada paso. Según me había explicado el guía antes de comenzar a ascender, la cima de Albor Tholus es una caldera, un cráter de talla portentosa. La cavidad tiene treinta kilómetros de diámetro y cae cerca de tres kilómetros hacia dentro. En tiempos fue uno de los más activos del planeta, aunque no de los más poderosos. El guía me explicó también que la llegada a la cima de aquel monte es siempre inesperada y que, de no estar él para indicar el alto, podríamos distraernos y terminar cayendo en la mortal caldera de aquel curioso accidente geográfico. Recuerdo haber visto aquel monte desde el espacio en alguna que otra ocasión y siempre me sorprendía lo alineados que estaban los tres montes de la región de Utopia Planitia: Albor Tholus, Elysium y Hecates. De igual manera, era también muy escalofriante apreciar que también estaban alineados otros tres de la región de Tharsis: Ascraeus, Pavonis y Arsia, eso sí, formando un triángulo con el titánico monte Olympus.

El terreno empieza entonces a medio nivelarse. Reparo en que ya apenas trepo por una cuesta, sino que ya camino por una superficie a todas luces horizontal, lo cual indica que estamos cerca de la cima y a la inminente caída del terreno hacia la caldera del volcán extinto. El recelo fruto del conocimiento sobre el planeta aflora entonces. ¿Y si la geotermia del planeta se reactiva? ¿Y si el volcán entra en erupción? Acallo la curiosidad científica con rapidez, pues no es el momento de tener un ataque de pánico. Veo que el guía se ha detenido y que alza una bandera amarilla, agitándola levemente hacia el resto de excursionistas, que van deteniéndose cerca de él. Aquello indica el fin de la excursión, y por un lado siento alivio, pues no termino de encontrar el ejercicio reconfortante. Por otro lado, siento curiosidad. La caldera se abre tras el guía como una gigantesca obra de ingeniería. Parece un coliseo ciclópeo, construido por otra especie, de otro tamaño, con ansias de sangre. Las columnas de

roca sustentan el precipicio circular con cruel persistencia. La luz del atardecer marciano iluminaba la parte opuesta del cráter y parte del fondo de la caldera, arrojando sombras por la arenosa superficie del interior. Aquí y allá se adivinan ocasionales derrumbes que parecen haberse producido en la noche de los tiempos, derrumbes titánicos que casi conforman un segundo cráter en el edificio volcánico. No hay rastro de la obertura que en su día se habría abierto paso hasta las profundidades magmáticas de Marte, sino que al fondo de la caldera se extiende lo que parece una continuación de la llanura marciana sobre la que se sienta el volcán.

—Acercaos todos —dice el guía, invitándonos a observar el hermoso espectáculo de aquel cráter tan inusual—. Venid y os contaré algo que no olvidaréis nunca.

La gente se arremolina en torno a él al principio, pero la visión del cráter provoca que muchos se coloquen alineados con la curva del precipicio, observando anodados la magnífica factura que la madre naturaleza ha esculpido en la roca.

—Tened cuidado con el borde, puede resbalar. La arena es traicionera.

La gente cuida sus pasos y hace caso al hombre. Me digo que aquello en la Tierra igual habría supuesto un problema. La arrogancia de los Azules habría llevado a más de uno a cometer una temeridad y tener que lamentar un accidente. En Marte no. En Marte la gente es curtida y estricta. En Marte se obedece y se sobrevive. Los Rojos son, sin alguna duda, diferentes.

—¿Sentís eso?

Presto atención a mis sentidos. ¿Siento algo? ¿A qué se refiere el guía en concreto? Es imposible decirlo, pero me abstengo de protestar por miedo a interrumpir quizás una interesante narración por parte de aquel hombre que tanto parece saber de Marte.

—¿Cómo te sientes, muchacho? —dice el hombre, acercándose a un joven.

—Me siento... intrigado. Es difícil explicarlo, me siento parte de este sitio. Es como si me llamase.

El guía sonríe y pasa a la siguiente persona que observa la caída al vacío.

—Y tú, amiga, ¿qué sientes?

—Algo grande. Algo misterioso. Es de este lugar. Este lugar...

—Suficiente —interviene el guía, mientras una sonrisa surca su rostro tras la escafandra de aluminio

transparente—. He oído las mismas palabras en los seis años que llevo haciendo este mismo recorrido. Siempre detecto los mismos patrones, y los comparo con los míos propios. Este lugar es especial. Es un hecho comprobado, ¿lo sabíais?

Yo no lo sabía. No tengo ni idea de qué está hablando aquel hombre.

—Los volcanes de Marte —continúa el entusiasta orador—. Nadie sabe por qué, nadie entiende cómo, pero ejercen una cierta atracción hacia nosotros. Son como magnéticos. Nos llaman, nos obligan a caminar por sus laderas y a observar su magnificencia. Nadie hasta hoy... ¡ningún científico! ¡Nadie ha conseguido desentrañar el misterio de los volcanes de Marte! Se han efectuado lecturas de todo tipo. Radiometría, georradar, tomografía... ¡radiestesia!

Me da la impresión de que aquel hombre no tiene ni idea de lo que significan ninguna de aquellas palabras que pronuncia de memoria, como un loro.

—Nadie ha podido entender la naturaleza extraordinaria de estos siete lugares sobre Marte. Nadie ha podido entender por qué estamos aquí ahora, sintiendo lo que sentimos.

Yo no siento nada. Nada en absoluto, y miro con condescendencia a la gente que asegura que sí. La sugestión es un arma muy poderosa, y aquel hombre la está usando contra su público para ganárselo. Me pregunto el motivo, aunque creo adivinarlo.

—Hay siete puntos mágicos sobre Marte. Siete lugares sagrados. ¡Siete! ¿Acaso no os suena este número? ¿Os suena? ¿Sí? ¡A ver, muchacho, dinos! ¿De qué te suena?

—¡De la Biblia! —exclama un joven muy bajito.

—¡Así es! ¡De la Biblia! ¿Alguien más?

—El Corán —admite la mujer a mi lado.

—Muy bien. Ya veo que habéis captado la idea. La Biblia, el Corán, la Torah... El siete es el número perfecto que aflora siempre en el misticismo, en nuestro sentido espiritual. En nuestro más innato instinto, moldeado por nuestro creador. ¿Lo veis? Siete días de la semana, siete colores del arco iris, siete notas musicales, siete brazos del Menorá, siete Arcángeles... siete Pecados Capitales...

Estoy escandalizada por dentro. ¡Qué afirmación más gratuita! No esperaba verme envuelta en un sermón religioso encubierto, pero al parecer ese es el caso.

—Marte es un lugar sagrado, y tiene lugares donde

nosotros podemos atisbar una parte de esa naturaleza divina. Los volcanes de Marte son meras manifestaciones de una realidad aún más poderosa. ¿Queréis saberla?

La manera en que aquel hombre está manipulando la línea de pensamiento de sus oyentes es brillante, y tan bien manufacturada que ni siquiera oso interrumpirle o dar la vuelta y marcharme para mostrar mi malcontento. Quiero oír la loca conclusión: el disparate debe de ser supino, y quiero poder contar un buen chiste esta noche, cuando se lo cuente a Klavius y al resto de mis amigos en el bar.

—Marte fue el Jardín del Edén —asevera el hombre, y sus palabras (a pesar de lo ridículas que resultan) suenan graves y documentadas—. Pensadlo. La humanidad fue expulsada del paraíso por pecar, y fueron expulsados a la Tierra para labrarla y ganarse el pan con el sudor de su propia frente. ¿Qué sucedió con el Jardín del Edén, entonces? Se marchitó, privado de nuestra presencia y de nuestra fuerza espiritual. ¡Lo estáis contemplando! Pisamos lo que una vez fue el Jardín del Edén, donde el Creador nos puso en primer lugar. Hay quien dice que el Monte Olimpo es donde se alzaba el Árbol de las Ciencias del Bien y del Mal, del cual Eva comió el fruto prohibido e imbuyó a la humanidad de pecado. ¡Debemos redimir nuestros pecados, amigos y amigas! El creador nos expulsó del Edén con idea de que nos las ingeniásemos para regresar y reconstruir la tierra maravillosa que él creó para nosotros antes que la Tierra.

No quepo en mí misma del asombro. El disparate es aún mayor de lo que había estimado.

—Estamos arreglándolo, estamos reconstruyendo Marte como era al principio. ¡Habéis visto los lechos de los ríos! ¡Sabéis que es cierto que hubo agua y riqueza en este mundo hace mucho tiempo! ¡Es que era nuestro hogar! Murió con el tiempo, pero ahora estamos rectificando, reescribiendo los renglones torcidos. Estamos ahora en el Edén por derecho y como recompensa por un merecido castigo de más de seis mil años. La naturaleza espiritual de estos volcanes lo demuestra, ¿lo entendéis?

Compruebo alarmada que muchas cabezas asienten ante aquella pregunta. ¿Cómo puede la gente ser tan ingenua, tan manipulable? ¿Acaso no ven la falacia que se les presenta delante de la cara? Aquella historia es interesante y bien hilada, y da para una novela de fantasía épica o realismo mágico, pero de

cierta no tiene ni un ápice.

—Así pues, honremos la tarea de nuestros ancestros. Cuidemos de Marte, conozcámoslo. Venid más veces. La semana que viene el hermano Julius organizará una subida al Monte Pavonis. ¿Queréis comprobar que allá también podéis sentir la conexión con Dios? Venid. Venid más veces y maravillaos ante las maravillas que pisáis.

«Dios», pienso. «Hemos comenzado con Marte y hemos terminado con Dios. Esto es delirante».

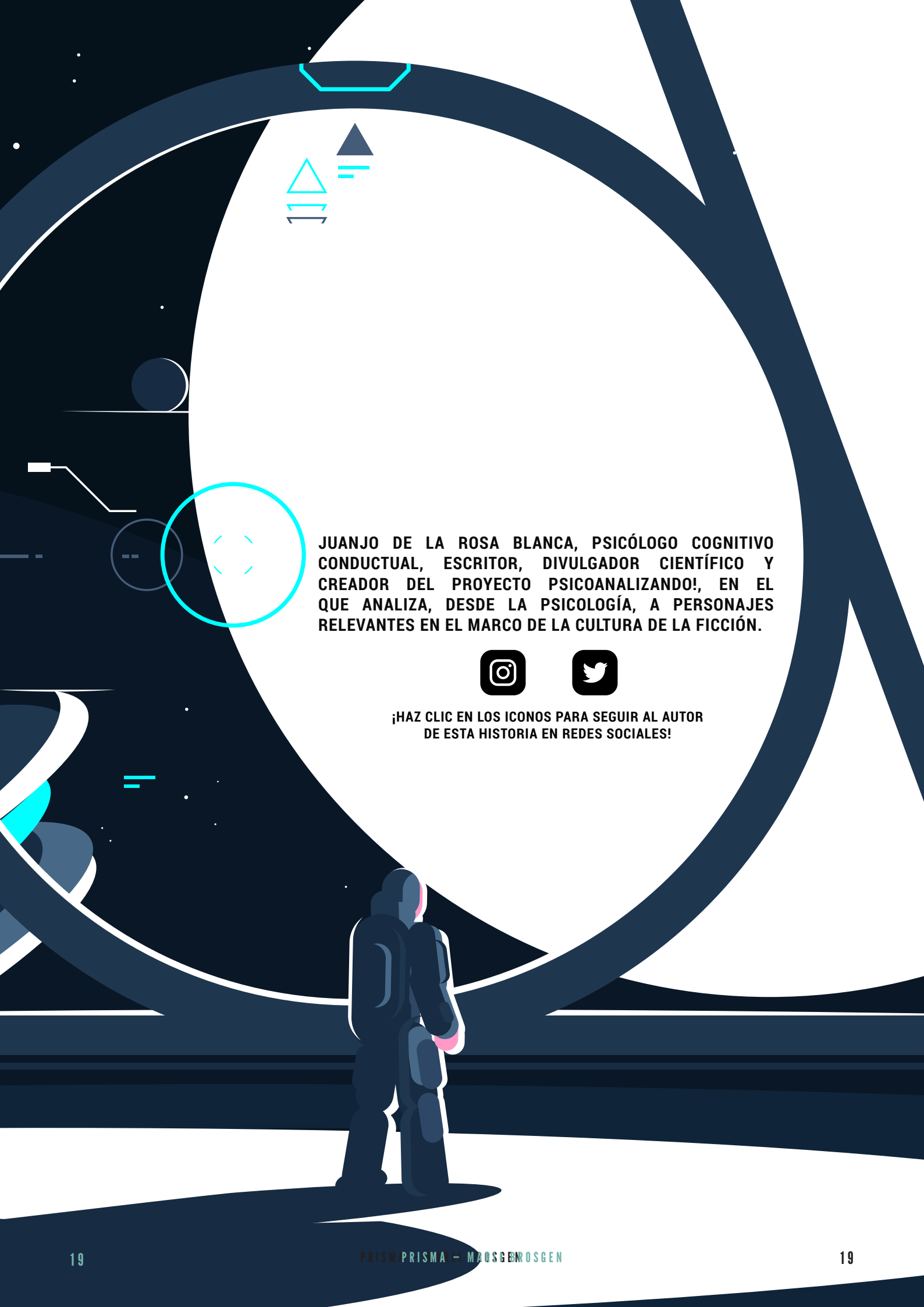
—Si sois tan amables de darme vuestros nombres y formulario de contacto, estaré encantado de mandaros semanalmente un calendario de eventos y excursiones que hacemos con mucha frecuencia. ¿Os parece bien?

Me siento turbada. Una cosa es simpatizar con las inconexas declaraciones de una veterana borracha por verles el sentido. Otra cosa muy distinta es atribuirles un carácter divino a los marcianos. ¡Ni que fuéramos superiores! Ahora parece que, según el guía, somos el pueblo elegido en la tierra prometida. Comienzo el descenso entonces, dejando atrás al resto con sus tonterías pseudorreligiosas. De lo que no cabe duda es de que hay chalados en todos los planetas del sistema solar, pero especialmente en Marte.

2

I-31-R0

JUANJO DE LA ROSA BLANCA



JUANJO DE LA ROSA BLANCA, PSICÓLOGO COGNITIVO CONDUCTUAL, ESCRITOR, DIVULGADOR CIENTÍFICO Y CREADOR DEL PROYECTO PSICOANALIZANDO!, EN EL QUE ANALIZA, DESDE LA PSICOLOGÍA, A PERSONAJES RELEVANTES EN EL MARCO DE LA CULTURA DE LA FICCIÓN.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR AL AUTOR DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!

A

ño 2092,

Espacio Exterior, Coordenada 1.05.4621, cerca de la órbita de Venus

El oxígeno artificial y la falta de gravedad propiciaba un ambiente inusual al que Noel no llegaba a acostumbrarse. Habían pasado treinta y dos días desde que embarcó en su misión espacial y, pese a ello, se sentía tan extraño como en las primeras horas. La oscuridad de la cabina se veía entorpecida por las suaves luces de los focos que estaban incrustados en el techo de la nave. Si sus cálculos no fallaban, aún quedaban cincuenta y tres días más para llegar a la órbita de Mercurio. Una vez se encontrasen allí, podrían proceder a aterrizar en la superficie y realizar la primera exploración humana en el planeta.

Con su propósito siempre en mente, Noel realizó la rutina diaria. Empezó comprobando el módulo NTO anexo a la nave I-31-RO. Como cada día, recibió un aviso de que marchaban correctamente. Finalmente, revisó que el piloto automático mantuviese la ruta establecida por la Federación Internacional de Misiones Espaciales.

Su corazón se frenó por un instante al darse cuenta de que había un fallo en el proceso. Manteniendo la calma y asumiendo que se debía a una serie de errores informáticos, activó el sistema de seguridad central con el firme propósito de desautorizar a la inteligencia artificial y, así, reiniciar el sistema. Antes de conseguir hacerlo, las luces se apagaron y, con ellas, la iluminación de la cabina. El mensaje rojo: «ERROR» se propagó por el monitor. En ese instante, se empezó a imprimir un informe por la rendija izquierda del panel. Cuando terminó de hacerlo, el ordenador se apagó, dejándole en la más absoluta oscuridad. No dudó en encender su pequeña linterna incrustada en su traje espacial y, con ella, leer el informe. Este, escueto en palabras, confirmaba que la I-31-RO había colapsado, presa de un conjunto de fallos informáticos. La causa principal se debía a un error programado por el que, al acercarse lo suficiente a la órbita de Venus, la nave se dirigiría directa a la coordenada 2.34.1453.

Noel, que no entendía nada de lo que estaba pasando, calculó el lugar exacto en el que se encontraba la coordenada que el informe señalaba. Y, tras hacerlo, confirmó sus sospechas: la nave se dirigía

directa al sol. Justo en ese momento, escuchó una chispa inusual proveniente del módulo NTO.

Su respiración se aceleró. Su pulso se agitó desesperado. Su corazón parecía que quisiese salir de su pecho, presa del pánico de lo que, inevitablemente, iba a suceder. El módulo estaba a punto de activar la ultravelocidad. Gracias a eso, la nave llegaría al sol en cuestión de minutos y Noel debía encontrar la forma de remediarlo, su vida dependía de ello.

Sin perder ni un mísero segundo, probó a reiniciar el ordenador, sin éxito alguno. El error no estaba ahí. Escuchando únicamente su acelerada respiración, probó a revisar las baterías de emergencia. La lógica del sistema auxiliar de la nave se basaba en que, en el caso de colapso, estas baterías propiciarían automáticamente el modo de seguridad. Cuando abrió el soporte, comprobó que las baterías de emergencia no estaban, lo que significaba que, en realidad, nunca habían estado. Rabioso, apretó los puños. Al hacerlo, arrugó el informe y, al intentar arreglarlo, Noel lo leyó de nuevo. Una palabra del informe a la que no había prestado suficiente atención brilló en su mente. Allí, en la cuarta línea, lo dejaba claro: «Error programado». ¿Programado? ¿Qué quería decir?

El sonido de la chispa emergió por segunda vez, lo que hizo que Noel entrase en cólera. Golpeó con los puños el panel central, pateó el soporte del ordenador y gritó a viva voz, incapaz de controlar sus impulsos más primarios. ¿Qué mierdas quería decir programado? ¿Acaso era esta una misión suicida? ¿Quién habría hecho algo así? ¿Por qué su madre, la coordinadora del programa, no sabía nada de esto?

Mientras gritaba, la chispa del módulo NTO provocó la combustión del gasóleo, lo que propició una sucesión de mecanismos complejos e inmediatos, gracias a los cuales se liberó una combustión inasumible que conllevaba una liberación extrema de energía. El módulo NTO estalló, haciendo que la nave central absorbiese la explosión gracias a su sistema de ultravelocidad. De esta manera, la I-31-RO se embarcó en su último viaje para llegar a la coordenada 2.34.1453.

Noel, una vez se deshizo de su rabia desatada, se sentó en su asiento. Cerró los ojos e hizo memoria de su escasa existencia. Con veinticinco años, había sido el piloto más joven en embarcarse en una misión espacial de tal calibre. Su madre, la teniente Yline, coordinadora de la misión Mercurio, había sido la encargada

de guiarle en su desarrollo profesional y, gracias a ella, lo había logrado. A veces se preguntaba si no estaba obligado desde el principio a convertirse en astronauta, ya que su madre jamás le dio otra opción. Sin embargo, con el tiempo, había aceptado su destino. Se lo debía todo y, por ello, no podía dejar de recordarla en sus últimos momentos de existencia.

Noel nunca había pensado demasiado en la muerte. Era joven y creía tener una larga vida por delante. No obstante, el destino había truncado sus sueños. No quería morir, por supuesto, pero sabía que negar lo evidente no le traería nada más que agonía en los últimos instantes. Si de algo habían servido sus años estudiando ingeniería cuántica, fue para saber que la velocidad con la que surcaban el espacio profundo le daba apenas un minuto antes de que chocasen directamente contra el sol.

Como último gesto antes de morir, Noel deslizó su mano, giró una tuerca oculta bajo la pantalla del ordenador y observó cómo el panel de este se deslizaba hacía abajo lentamente. Mientras este descendía, a través de una ventanita oculta, observó la luz del astro rey aproximándose. Y, entonces, supo con certeza que sus cálculos habían sido correctos y, sin más, aceptó la muerte.

Una punzada de dolor surgió de su abdomen. Noel se contrajo y colocó sus manos allí donde notaba cómo algo se movía en su interior, pareciendo que quisiese salir. Gritó dolorido ante esa insólita sensación, mientras la luz del sol invadía la cabina, haciendo gala de un indestructible fulgor.

La sangre emergió empapando el traje espacial. Noel percibió con extrema sensibilidad cómo esa cosa que estaba en su interior se abría paso por sus entrañas y conseguía salir de su cuerpo. Mientras tanto, un empuje de gravedad, que no supo identificar, le provocó un mareo inusual. Como si, de repente, la nave y él estuvieran cayendo a un abismo. La luz del sol también desapareció, pareciendo que hubiesen entrado en una profunda oscuridad que no sabía a qué se debía. Pero Noel, que estaba debilitado, no le prestó atención. Solo podía fijarse en aquel artefacto que rompía el traje espacial y salía al exterior. Fue entonces cuando observó una luz roja parpadeante que, sin duda, pertenecía a lo que fuera que había convivido con él en el interior de su cuerpo.

Año 283.298.315 antes de la existencia del ser humano, punto no clasificado de Pangea en el planeta Tierra

El Portal había funcionado correctamente, exceptuando la ligera distorsión provocada por el agujero de gusano oculto en la órbita de la estrella del sistema planetario. Nada que unos ajustes no pudieran arreglar. La entidad, conocida en su universo como Esthyl, no dudaba en el éxito de su misión. Tras miles de años, había conseguido encontrar un sistema planetario adecuado para su objetivo: engendrar vida. Este planeta era perfecto, los distintos estudios así lo argumentaban.

Esthyl, que poseía un cuerpo físico basado en un mineral similar al oro, pero a la vez diferente, estaba formada por una masa semilíquida de color dorado. No poseía extremidades, tan solo una larga cola que se deslizaba a ras del suelo, gracias a la cual podía analizar la superficie terrestre. El resto de su figura era indefinida, un revoltijo de sustancia que se movía como una babosa. El único detalle destacable era su rostro, que se diferenciaba del resto gracias a una máscara negra de forma triangular. No era más que un artilugio que le permitía gestionar su consciencia ante su inminente futuro. Gracias a la máscara, su índice de locura se mantenía bajo. Su raza tendía a enloquecer ante la muerte. Por ello, debía llevarla siempre puesta, pues su afán de supervivencia era un elemento aleatorio y arriesgado. Si quería tener éxito, tenía que darse prisa.

La superficie de la Tierra, que aún no recibía este nombre, estaba formada por rocas y arenisca que lo englobaban absolutamente todo. No había nada que destacar, salvo excepcionales colinas que resaltaban en la inmensa llanura. Estas características hacían idóneo al planeta para su plan. La vida que Esthyl generaría allí se encargaría de cambiar la falta de accidentes geográficos, provocando un sinnúmero de alteraciones con el único propósito de adaptar el medio a la habitabilidad. Lo que daría ella por poder visitar el planeta una vez transcurriesen millones de años. ¿Cómo sería? ¿Tendría éxito su plan? Estas y otras preguntas sin respuesta fueron los últimos pensamientos de Esthyl antes de ponerse en marcha definitivamente.

Arrastró su cuerpo por el suelo hasta encontrar una colina lo suficientemente alta. Cuando la vio, supo que era perfecta. Segura de sí misma, acallando su voz mental, Esthyl ascendió hasta la cima. Le resultó

sencillo, pues no había rocas puntiagudas que impidieran su paso ni tampoco ascuas o riachuelos. No había nada, ¡nada!, por eso amaba con tanto empeño aquel paraíso.

Cuando se colocó en lo alto de la colina, vislumbró por última vez el paisaje del planeta llamado Tierra. Supo encontrar la calma, la solemnidad y la paz que solo aquellos que sabían que iban a morir podían alcanzar. Observó el cielo, sonriente, pese a no tener boca con la que sonreír, y alzó su cola. La luna llena brillaba con intensidad sobre ella. El cielo, que imitaba al terreno, también estaba vacío, salvo por el satélite que dominaba el horizonte. Esthyl supo apreciar la belleza de la escena y guardó en su memoria ese último recuerdo.

Sin más dilación, hizo que su cola, la única parte sólida de su cuerpo, se doblase en sí misma y, acto seguido, penetrase en su espalda. Al hacerlo sintió el dolor, pero también el placer. La voz de su mente le gritaba que ya no habría marcha atrás, que su existencia estaba a punto de acabar, que debía sobrevivir. Pero Esthyl ya estaba acostumbrada, no le hizo caso. Su muerte era necesaria, era parte del proyecto. Debía ser así, tenía que ser así.

Su cuerpo comenzó a perder su cohesión dividiéndose en varios fragmentos. El primer fragmento de Esthyl que se dispersó cayó al suelo convirtiéndose en lava, perforando la tierra y adentrándose en el interior de la corteza del planeta. La segunda pieza, en cambio, se transformó en un abundante afluyente de agua que descendió por la colina, dando paso al inicio de un río. La tercera fracción se evaporó, mutando en aire, ascendiendo por el cielo. El cuarto trozo y el último que Esthyl pudo ver antes de morir se deslizó por el río y se unió con el aire, teniendo una forma indefinida. Aunque era invisible, supo que debía ser electricidad. Estos eran los elementos primordiales para la vida y, gracias a ellos, se garantizaba que el planeta cambiase con tal de alcanzar un índice de habitabilidad adecuado. Estos fragmentos de Esthyl se dividirían entre sí en incontables ocasiones, creando catástrofes naturales que destrozarían y renovarían la superficie terrestre durante eones.

Finalmente, hizo que su cola penetrase por el interior de su cuerpo hasta llegar a su rostro, rompiendo, a su vez, la máscara negra, que ya no le resultaba útil. Al introducir la cola en su cabeza, comenzó a perder la conciencia y, con ella, la vida. Sintió que su única

extremidad se destruía perdiendo su forma física, pues, al dañar su cerebro, ya no tenía sentido que permaneciera en un estado sólido.

En ese instante, segundos antes de que Esthyl dejara de existir y pasase a transfigurarse en las primeras células vivas que habitarían la Tierra, sintió que el Portal se activaba de nuevo. Alguien, o algo, se adentró en el planeta sin su permiso. Esthyl, quien apenas disponía de unos instantes para analizar la situación antes de morir definitivamente, gritó enfurecida por lo que acababa de suceder. Eso no entraba en sus planes, es más, debía de ser imposible. Solo ella había viajado, solo ella había decidido sacrificarse en pro de engendrar vida en un nuevo planeta, ¿quién osaba interferir en sus planes?

Fue entonces cuando lo vio. Un artefacto cuadrado, de tamaño diminuto, que apareció en mitad de la nada, justo donde el Portal la había teletransportado a ella. De repente, un fragmento del homogéneo cuerpo de Esthyl se despegó de ella sin perder su forma. Al contrario que el resto, esta parte no mutó, sino que preservó su identidad, desobedeciendo el propio juicio de Esthyl. Reptó por el suelo, atravesando la lava, el río y la tierra, esquivando las creaciones que acababan de generarse. Y, sin demora, saltó hacia el artefacto.

En el último segundo de existencia que le quedaba, Esthyl vio que una parte de sí misma, aquella que quería sobrevivir a toda costa, se unía con el artefacto. Y justo entonces, el artefacto pareció activarse de nuevo, emitiendo una inusual luz roja.

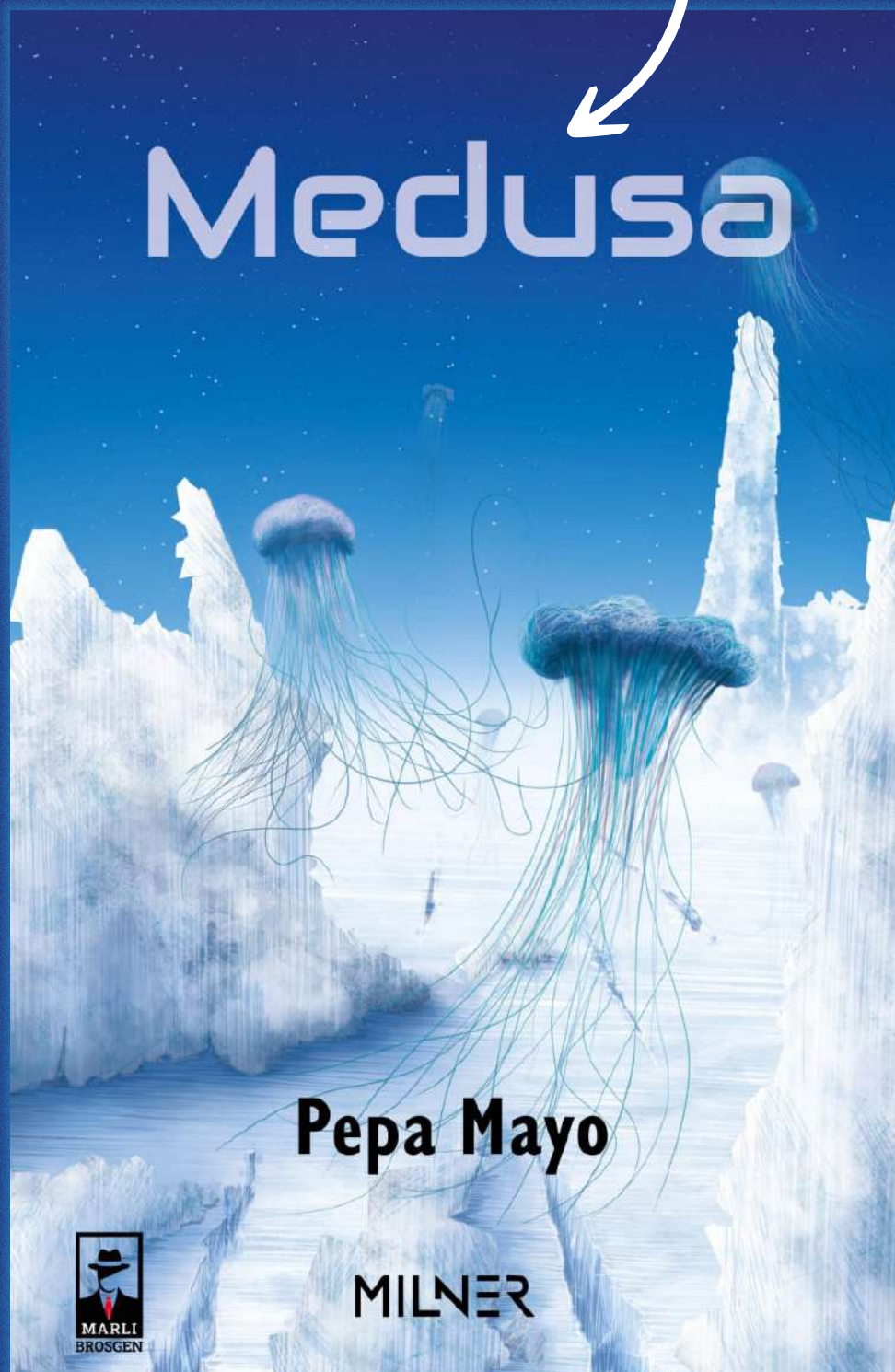
Año 1930,

Club Sin Demora, Detroit, Estados Unidos

Catheryn salía del club sobre las dos de la mañana, hastiada de una larga noche en la que, por desgracia, no había conocido a ningún hombre interesante. Tenía veintiséis años, por lo que cada vez se acercaba más a la edad en la que se convertiría en una causa perdida.

En la lejanía vio la playa y, convencida de que debía olvidar sus problemas amorosos, decidió acercarse para caminar sobre la arena. Cuando era pequeña solía relajarla, ¿por qué no hacerlo ahora? Catheryn bajó las escaleras del paseo marítimo, se quitó los tacones y los calcetines. La sensación de tranquilidad que la embriagó se disipó cuando vio a una persona

¿TODAVÍA NO TIENES TU EJEMPLAR?
HAZ CLIC AQUÍ
PARA CONSEGUIRLO





encapuchada que la miraba desde el muro de la playa. Lo único que veía de ella era una larga cabellera dorada que se escapaba de la capucha de su túnica. A Catheryn le embriagó una curiosidad que no había sentido nunca, pues ese color la hipnotizaba. Era diferente, inusual y antinatural. Unas mechadas extrañas, quizás del extranjero.

La encapuchada suspiró dolorida y escupió en la arena. Cuando Catheryn vio sangre, supo que debía ayudarla. Como enfermera, era su deber, aunque, en realidad, no era más que una excusa. Quería acercarse, necesitaba saber más de esa extraña persona.

—No sigas —le advirtió la encapuchada, con una voz femenina ronca, parecida al sonido que emitían las gargantas que habían pasado por una operación.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No te acerques, puede ser peligroso —volvió a aconsejarle, cautelosa.

Catheryn dudó, por un momento, en irse y dejarla, pues temía que esa mujer tuviera alguna especie de enfermedad contagiosa. Mas su curiosidad y, quizás, en parte, su profesionalidad la envalentonaron a seguir adelante. La mujer encapuchada no ofreció resistencia cuando Catheryn se acercó, solo agachó la cara y gruñó de dolor por segunda vez.

—Esta cosa está tan débil que no es capaz de hacerte daño.

—¿Quién va a hacerme daño?

—Esta maldición, esta angustiada monstruosidad que me invade —le respondió enigmática.

—Creo que no estás bien, ¿quieres ir a un hospital? Soy enfermera, podrán atenderte con rapidez.

—No, mi vida ya ha sido lo suficientemente larga como para extenderla más.

—Eres joven, no sé por qué... —intentó decir.

—He vivido tanto tiempo que no soy capaz de recordar con exactitud. Mi mente no funciona bien, hay algo en mí que la distorsiona.

—¿Un virus?

—Dudo que pudiera explicarlo, menos aún diagnosticarme. Sea lo que sea, lleva en mí mucho tiempo.

A veces, me vienen recuerdos, recuerdos lejanos. Un pueblo, una familia... Memorias que yacen escondidas en mi mente, pero que ya no encajan con mi realidad. ¿Sabes que, en una ocasión, fui soldado? Luché en batallas de las que, probablemente, nunca hayas oído hablar. También ejercí tu profesión, aunque, en esos tiempos, no se llamaba así. Fui curandera, en una época en la que la medicina no existía como tal. Y, en algún momento, viajé hasta las estrellas y vi el sol en su máxima plenitud. ¿Era yo ese astronauta? ¿O era otro? ¿Fui hombre en algún momento? No lo recuerdo, no soy capaz de entenderlo. Aunque sé que está aquí, en mi interior. Esa cosa atesora los recuerdos. Ese monstruo que, una vez, me devoró.

—¿Has tomado alguna droga? Quizás sea por eso por lo que tu mente está divagando.

—Ojalá fuese esa la conclusión, aunque me temo que no es así. Dos entidades se esconden en mí, dos seres. Una ansía la supervivencia por encima de todo. La otra memoriza cada acontecimiento, lo registra y lo absorbe, haciendo que mis recuerdos se distorsionen. Durante años, olvido quién he sido y comienzo una nueva vida, hasta que, en algún punto, vuelve a suceder. Olvido y empiezo de nuevo. Solo me quedan recuerdos vagos de lo que fui, imágenes que esa cosa no es capaz de arrebatar. Y esos dos seres están unidos, llevan así tanto tiempo que dudo que puedan dividirse. El Ojo Rojo y la Masa Dorada. Ni siquiera entiendo por qué lo sé.

—Tranquila, estás pasando por una mala racha. Podré ayudarte, solo tienes que confiar en mí.

La enigmática mujer rio con fiereza y alzó su cabeza, haciendo que la capucha se deslizara hacia abajo. Catheryn observó su rostro con horror. Donde debería haber un ojo, había una cicatriz dorada, pareciendo que su sangre no fuese roja, como la del resto de seres humanos, sino de ese particular tono amarillo. No era la única cicatriz, había muchas más que sellaban sus mejillas, su frente y su mandíbula. Todas con ese color dorado, pareciendo que ese líquido fuese la clave para que aquella mujer se mantuviese viva. Por supuesto, en sus siete años ejerciendo como enfermera, nunca había visto nada así.

—¿Confiar en alguien que siente miedo ante mi rostro? Ya no puedo confiar en ninguna persona, porque ninguna sería capaz de ayudarme. Mi cuerpo se desintegra. La entidad dorada está perdiendo su capacidad

de regeneración. No aguantaré mucho más. Una vez se debilite del todo, moriré, estoy segura. No tengo ni idea de qué ocurrirá con el Ojo Rojo. ¿Seguirá vivo? ¿Está vivo en realidad? Si muere, será una pena. Todas mis vivencias se perderán, más las de aquel que lo tuviera antes que yo, si es que acaso hubo alguien.

—No te preocupes, te ayudaré. Todo va a pasar, ven conmigo. —Catheryn cogió su mano y la sintió fría. En ese instante, se dio cuenta.

—Ya estoy muerta, mujer, mi cuerpo lleva horas sin responder. Esas entidades que se esconden en mi interior me mantienen viva. Es cuestión de tiempo que mi cabeza deje de funcionar.

—No, no puede ser, no tiene sentido. Tus órganos deben de...

—Siento mis pulmones, expandiéndose y encogiéndose. También mi corazón bombeando, en cierto modo. Nada más. La entidad dorada asume que moverme ya no es útil. Qué ironía, ¿cómo pretende que sobreviva si no puedo hacerlo?

—No entiendo nada de lo que dices, no sé cómo puedo ayudarte. Por favor, déjame que llame a una ambulancia, será suficiente.

—El frío, el frío la mantiene estable. Si tuvieras algo que la conservase en frío, podrías lograrlo. No yo, pero sí ella. Y con ella, el Ojo Rojo y mis recuerdos. Juntos sobrevivirían algo más.

—Vale, te llevaré a algún lugar frío, pero necesito un vehículo. Espérame aquí, será un minuto.

La mujer gruñó una tercera vez, con mayor intensidad y duración que antes. Catheryn asimiló que era urgente que tomase la iniciativa. Se puso los tacones y corrió hacia la primera cabina que encontró. Cogió unas monedas, las insertó y llamó a urgencias. Por suerte, la atendió Nicole, una conocida que no hizo demasiadas preguntas. Cuando se aseguró de que en unos minutos acudiría una ambulancia, bajó para acompañar a la vagabunda. La escena que presenció la perseguiría en sus pesadillas el resto de su vida.

La túnica tirada en el suelo, un cuerpo deforme y desnudo con el abdomen abierto de par en par y, entre sus tripas, un extraño objeto bañado en oro que emitía una luz roja parpadeante. Donde antes había un rostro, ahora había líquido dorado y trozos de piel. Solo se mantuvo intacta la cabellera, que yacía en el suelo, como si no perteneciera a nadie.

Por extraño que parezca, Catheryn mantuvo la cordura. Recordó las últimas palabras de aquella inusual mujer y se acercó al objeto. Supo que era eso lo que había en su interior. Aquellas entidades: el Ojo Rojo y la Masa Dorada. Sin dudar, recogió la túnica del suelo, envolvió con ella el artefacto y salió corriendo. Nunca había tenido tan claro nada como que conseguiría mantener con vida a esa cosa, si es que, tal y como decía esa mujer, esa cosa estaba viva.

Año 2092,

Federación Internacional de Misiones Espaciales,
Munich, Alemania

La nave I-31-RO acababa de despegar como culmen de la misión Mercurio y Claudie, ingeniera jefa del proyecto, entró al despacho de Yline, teniente al cargo y directora general. Sorprendida, halló una carta escrita a mano dirigida a ella. Sin dudar ni lo más mínimo, Claudie se sentó en la silla del escritorio y procedió a leerla.

«Estimada Claudie,

En esta carta procedo a relatar una historia que no conoce nadie ajeno a mi familia. Tienes que entender que lo hago para que la realidad de esta misión se preserve. Si me pasase algo, serías la única en saber la verdad. Sé que en tus manos puedo confiar. Ya sea ahora o en el futuro, te encargarás de mantener con vida mi testimonio.

Todo comenzó hace ciento sesenta años. Mi antepasada encontró un artefacto que decidió mantener en las condiciones que a ella misma le explicaron. Básicamente, debía congelar el artilugio. Como te podrás imaginar, en mil novecientos treinta, los conocimientos sobre mecánica y electricidad distaban de ser los que tenemos ahora, por lo que mi antepasada decidió ignorar el artilugio durante un tiempo hasta que pudiera identificar qué era. Pasó su vida intentando resolver el enigma, mas nunca obtuvo resultado alguno. Temerosa de que pudiera tener repercusiones negativas, solo contó su secreto a su hija y esta lo hizo con la suya. Catheryn, mi antepasada, murió sin saber qué era aquello que había recogido en una playa de Detroit. Su hija y la hija de esta también fallecieron sin poder cumplir la promesa de desvelar el misterio.

No fue hasta que mi abuela logró la adultez que le permitieron acceder al artefacto, el cual seguía almacenado en un frigorífico en la residencia familiar. Si mis antepasadas supieran que habían mantenido un tesoro así en un simple frigorífico, se habrían echado las manos a la cabeza. Pero bueno, podría haber sido peor, quién sabe dónde hubiera acabado el artilugio con otra gente.

Lo importante es que mi abuela analizó el artefacto, por primera vez, bajo un punto de vista científico. Ella fue una brillante bióloga y ese enigmático objeto no se le pudo resistir.

Lo que analizó fue la extraña cobertura dorada que adornaba al artilugio. Mis antepasadas creyeron que era simplemente una capa de oro barato, pero cuál fue la sorpresa de mi abuela cuando comprobó que, en realidad, era tejido biológico. Sin duda, tuvo que ser un descubrimiento. Analizó en el laboratorio la muestra que recogió y averiguó que era algo absolutamente distinto a cualquier otro organismo que hubiera visto anteriormente. Por desgracia, el tejido estaba en fase terminal, apenas se mantenía con vida. El frío había conseguido ralentizar el proceso al máximo, sin ser suficiente. Para cuando mi madre recogió el testigo, el artilugio había perdido su cobertura, eliminando así una parte de su enigma. Solo se preservó la escasa parte del tejido que se escondía en el interior del artefacto, siendo imposible separarlo de este.

Mi abuela, en el informe que yo misma leí, dejó claro su descubrimiento: ese tejido biológico no estaba basado en el carbono. Fuera lo que fuese, no pertenecía a la naturaleza tal y como la conocemos. Quizás fuese un espécimen aún no descubierto, quizás fuese anterior a la propia vida o quizás fuese extraterrestre. No lo supimos y, probablemente, no lo sabremos. Esa incógnita se mantendrá para siempre. Las muestras que se mantuvieron en frío perdieron sus cualidades al separarse, por extraño que parezca.

Pero no acaba ahí la historia. Debajo de ese tejido biológico había algo más. Mi madre, que fue una aclamada ingeniera, se decantó por analizar la otra parte del artefacto, la clave de esta historia. Escondido tras esa capa dorada, había un aparato. Parecía una especie de placa base con una bombilla que emitía una luz rojiza. Esta luz se mantuvo durante todo este tiempo, nunca se apagó. Mi madre analizó el aparato, intentando siempre preservar la funcionalidad de este. Y,

para su sorpresa, descubrió que estaba bastante actualizado. Había sufrido desgastes con el transcurrir de los años, pérdidas en ciertas partes de su carcasa, debido probablemente a estar fusionado con ese otro organismo, aunque todavía funcionaba.

Pasó gran parte de su existencia haciendo cambios en el artilugio, procurando llegar a entender qué era y para qué servía. Yo estuve allí cuando lo logró. Tras años y años de investigación, descubrimos que, al menos en parte, ese aparato se encargaba de registrar eventos, memorizarlos en su interior. Su forma de hacerlo era copiando recuerdos de un huésped. Por lo tanto, el artefacto actuaba como un parásito de un ser humano y, gracias a eso, era capaz de almacenar información.

Fuimos capaces de transformar esos datos en fotografías nítidas. Oh, Claudie, si las hubieras visto, ¡fue grandioso! Vimos imágenes de un mundo distinto al que conocemos. Observamos la Tierra en un estado primigenio, hace millones de años. Fuimos testigos de eventos del pasado, como, por ejemplo, la vida en la Edad Media en algún punto de Europa, cómo la sociedad fue evolucionando, cómo el mundo se transformaba desde el medievo a la actualidad. Y, para nuestra sorpresa, vimos a alguien conocido en una de las fotografías. El rostro de mi antepasada, Catheryn, en una imagen tan nítida que sorprendería a cualquiera. Aunque nada de eso importó lo suficiente como la última fotografía, la más antigua. Una escena muy particular: lo que parecía una nave, un joven astronauta, un informe que explicaba que debido a un error estaban a punto de chocar con el sol y, además, un nombre. Ese nombre que tanto mi madre como yo ya conocíamos. Noel Strait, el nombre de mi hijo, que en aquellos momentos apenas tenía unos meses de vida.

Debía de ser un error, estaba claro. ¿Cómo iba a aparecer mi hijo en ese artilugio, junto a imágenes de la Tierra en su origen? ¿Qué sentido tenía? Y esa incógnita nos acompañó durante años, en los que mi madre mejoró y arregló el artefacto, dejándolo como nuevo. Nos propusimos publicar las imágenes, pero

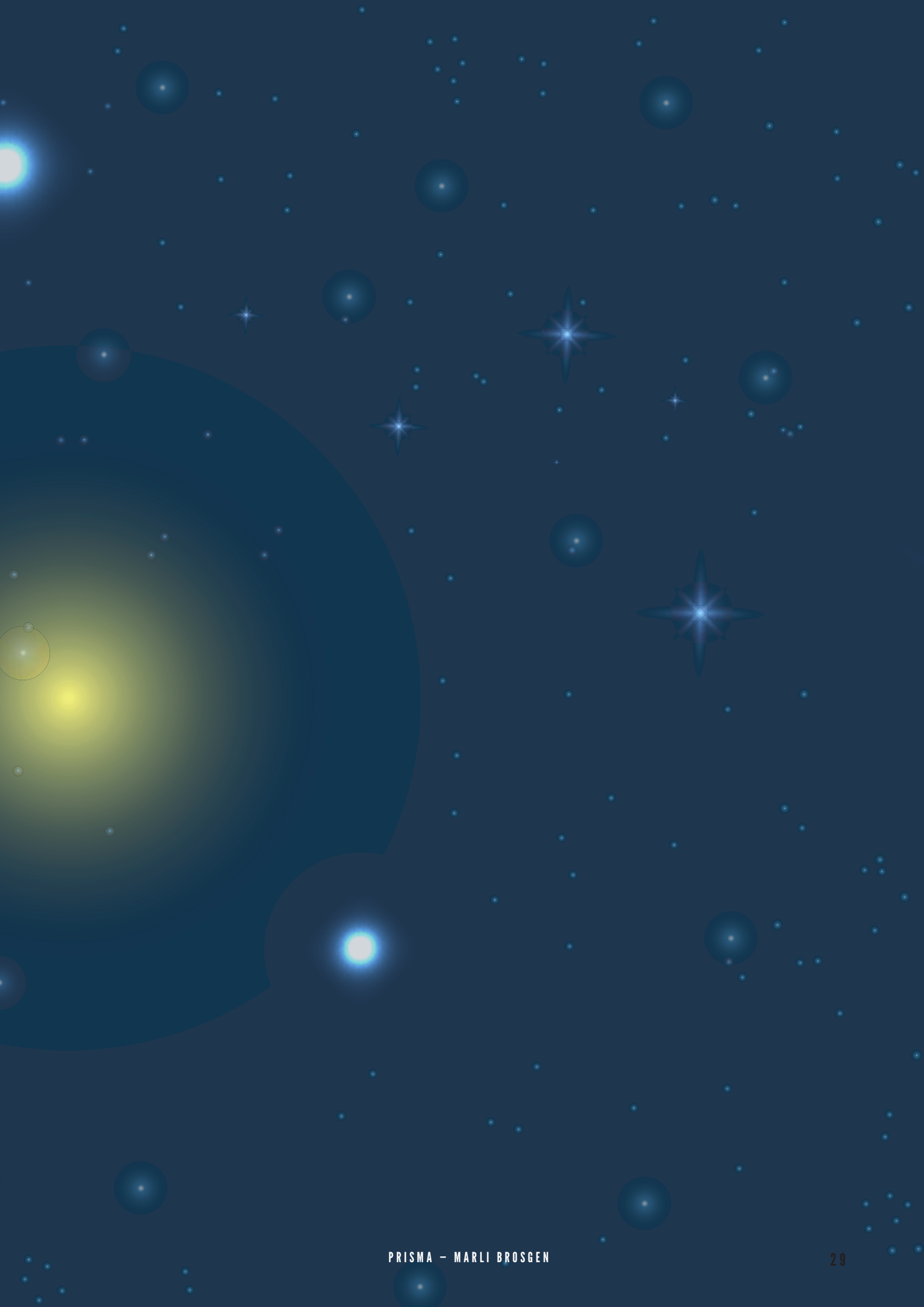
¿quién nos creería? Debíamos de asegurarnos de lo que teníamos entre manos, sopesar las distintas opciones. Y entonces, mientras decidíamos qué hacer, viendo una película, ambas nos dimos cuenta. Esa máquina, de alguna manera, había viajado en el tiempo. No tiene sentido, lo sé, tampoco comprendemos cómo ocurrió.

Pero es así, sin duda, lo es. Esa máquina había viajado con mi hijo en una misión espacial y, de alguna manera, había vuelto al pasado, llegando de nuevo a la Tierra y manteniéndose en un estado de suspensión hasta la Edad Media.

¿Quién creó la máquina? ¿Quién comenzó esta historia? ¿Qué pasaría si yo la destruyese? ¿Mi hijo no iría a la misión y el artefacto dejaría de viajar en el tiempo? ¿O era un bucle inevitable? No te puedo garantizar la verdad, pero he de decirte que, por mucho que intentase evitarlo, el destino me ha guiado hasta aquí. Mi madre me hizo prometer, en sus últimos días, que debía mantener el artefacto vivo. Ella lo mejoró, lo transformó en una máquina perfecta capaz de gestionar mejor los recuerdos y de mantenerse más estable en el tiempo. Con esas mejoras, si todo vuelve a ocurrir de la misma manera, podremos obtener datos del pasado más eficientes. Cuando, en otra realidad, vuelva a caer en nuestras manos, seremos capaces de presenciar el pasado del mundo tal y como fue, aprender de ello, asegurar un conocimiento científico que, de otra manera, nos resultaría imposible.

Fue por eso que introduje el artefacto en mi hijo. No me juzgues, sé que las posibilidades de que sobreviva son nulas, mas no puedo enfrentarme al destino, no lo haré. No es mi vida, es la de mis antepasadas, también es por el bien del mundo. Si he de sacrificar a mi hijo por ello, estoy más que dispuesta. De hecho, así ha ocurrido. La misión ha despegado hace diez minutos y el artilugio viajará en el vientre de mi hijo. Si él asume que va a morir, el artefacto saldrá expulsado y sobrevivirá, guiado por el organismo que aún vive en su interior. Y, de una manera que desconocemos, pero que gracias a nosotras en el futuro se conocerá, viajará al pasado y volverá a la Tierra, completando un ciclo que, esta vez, traerá el avance a la humanidad.

Perdóname, Claudie, por haberte manipulado durante estos años y haber financiado una misión personal con un falso propósito de ser los primeros en llegar a Mercurio, pero créeme cuando te digo que el futuro de la humanidad se verá compensado gracias a lo que hoy he hecho. Por un futuro con conocimiento, por un futuro en el que conozcamos mejor nuestro pasado, yo, la teniente Yline, he sacrificado a mi hijo».



KRYPTeia

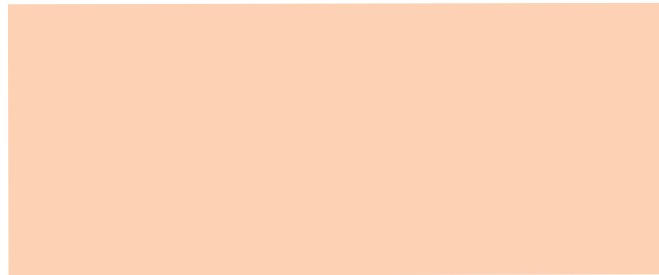
BRUNO DE PAUL GONZÁLEZ



BRUNO DE PAUL GONZÁLEZ ES CORRECTOR PROFESIONAL Y ESCRITOR DE FANTASÍA Y NOVELA HISTÓRICA. COAUTOR DE RESET (2021) Y AUTOR DE DON QUIJOTE CONTRA... ¿MUERTOS VIVIENTES? (2020). SU RELATO TRES HIELOS ESTÁ DISPONIBLE EN LEKTU. APARECEN EN LAS ANTOLOGÍAS "KATANA Y BRUJERÍA", LOS DOS TOMOS DE "ORGULLO ZOMBIE" Y "DENTRO DE UN AGUJERO DE GUSANO: ANTOLOGÍA SPACE OPERA".FANTACIENCIA.



¡HAZ CLIC EN EL ICONO PARA SEGUIR AL AUTOR DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!



El abuelo de Érialo decía que Hades es el más poderoso y justo de los olímpicos. Todo el mundo acaba cruzando el Aqueronte para ponerse a su servicio, mientras él se enriquece con las lágrimas y los suspiros de los que todavía disfrutaban del efímero regalo de la vida.

Sus últimas palabras antes de morir fueron estas: «Recuerda: la crueldad no debe pagarse con crueldad».

Érialo contemplaba las hileras de cañas que crecían en la orilla del arroyo. Las ranas coreaban al cielo estrellado con el susurro de los grillos de contrapunto. Se arrebujó en el manto y apoyó la cabeza contra la pared de la choza. Los bisbiseos de su hermano y de sus compañeros le llegaban amortiguados desde el otro lado.

—He hablado con un perieco que está dispuesto a proporcionarnos armas —dijo Calicles.

—Los periecos no moverán un dedo por nosotros.

—Hay muchos labriegos descontentos. Se sumarán a la lucha en cuanto la yesca prenda.

Érialo apenas los escuchaba. Estaba ocupado pensando en la niña de ojos azules que sabía silbar. Colocó la lengua como le había dicho y sopló, pero el chorro de aire no emitió ningún sonido.

Esa mañana se había alejado de la aldea más que nunca. Estaba sentado al borde del riachuelo y jugaba a imitar los sonidos de los animales. Una ranita saltó sobre una piedra cercana y croó.

—Croac —dijo Érialo.

La rana se alejó río abajo dando saltos y él la siguió. Érialo había nacido con una pierna atrofiada, pero la rana lo esperó después de cada brinco hasta que llegaron a su lugar secreto. Allí el cauce se ensanchaba y formaba un remanso.

Érialo ahuecó las manos y la envolvió con mucho

cuidado. Sabía que las ranas tienen la piel muy sensible. La rana croó y él la imitó. Observó las vetas de su piel antes de devolverla al arroyo.

Entonces reparó en lo mucho que se había alejado de casa. Se irguió con cuidado. Las aldeas ilotas salpicaban los montes Parnón al este del río Eurotas. Las columnas de humo brotaban de las chozas y se diluían en el cielo matutino. Al otro lado del río vivían ellos.

Se asomó entre los arbustos y los vio. Llevaban la cabeza rapada e iban totalmente desnudos. El chico más mayor encabezaba el grupo. Era alto y tenía una zancada muy larga.

Habían vadeado el Eurotas y corrían por la orilla occidental, hacia el sur. Desde el otro margen, tres hombres ataviados con mantos rojos los observaban y hablaban entre ellos. En las proximidades también había grupos de niñas ejercitándose.

El miedo se encendió en sus venas. Estaban muy cerca. Calicles siempre le decía que se mantuviera apartado de ellos. Dio media vuelta y se dispuso a regresar a casa. De pronto, una voz aguda lo detuvo.

—Hola.

Sus ojos eran azules y llevaba el pelo rubio trenzado. Tenía las mejillas rojas y la frente húmeda. Érialo deseó convertirse en rana para escapar dando brincos.

—Hola —musitó.

Retrocedió unos pasos cuando la niña se acercó al arroyo para lavarse las manos en el agua.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve —respondió Érialo.

—Yo tengo diez.

Lo dijo como si fuera una victoria. Luego sonrió. Alzó la cabeza para mirarlo y él se inquietó, aguardando la reacción. El abuelo decía que «todos hemos sido moldeados por Zeus a partir del mismo barro. Que a un jarrón le falte un asa no implica que sea menos valioso».

La mayoría de la gente no lo veía así. Siempre se fijaban en su pierna y lo miraban de esa manera.

Érialo se aproximó al riachuelo con cautela. Se arrodilló y empezó a jugar con un escarabajo mientras observaba de soslayo a la niña. Era bonita. Tenía la cara redonda y una nariz pequeña terminada en punta.

Un pájaro rompió el silencio con un canto alegre. La niña silbó y el pájaro pio en respuesta. Érialo se

quedó fascinado.

—¿Cómo haces eso?

Ella le regaló otra demostración. Esta vez era una melodía.

—Yo no sé hacer eso.

La niña se encogió de hombros.

—Es muy fácil.

—¿Me puedes enseñar?

La niña sonrió como si esperara que se lo pidiera. Saltó a la otra orilla del riachuelo y se arrodilló a su lado. Érialo notaba el calor que desprendía su cuerpo.

—Mira. —Alzó el mentón y abrió la boca—. Tienes que apoyar los lados de la lengua en los dientes de arriba. —Se lo mostró y balbuceó—: ¿Lo ves?

—Sí.

—Luego haces así con la boca.

Entrecerró los labios dejando un agujerito para que pasara el aire. Sopló y... magia.

—¿Ves? Ahora tú.

Érialo siguió sus instrucciones lo mejor que pudo, pero no funcionó.

—Relaja la punta de la lengua, igual que yo.

Los intentos de Érialo fueron infructuosos. Decepcionado, se puso a jugar con el escarabajo. Dejó que correteara entre sus dedos y que trepara hasta el codo.

—¿Quieres jugar con él? —le preguntó a la niña.

La niña extendió el brazo. Érialo depositó al escarabajo en el dorso de su mano. Trepó por su dedo índice y se ocultó bajo la palma. Ella se sobresaltó al perderlo de vista y giró el brazo bruscamente. El escarabajo se alejó revoloteando entre las flores.

—¡No me dijiste que volaba!

Érialo se carcajeó. Ella acabó riendo también. Se olvidó de los espartanos que entrenaban a escasa distancia hasta que captó sus voces. Se atrevió a asomarse y vio que remontaban el Eurotas al trote.

—Ese es mi hermano.

La niña de ojos azules estaba pegada a su derecha, encorvada detrás del arbusto, y señalaba al chico más alto.

—Parece muy fuerte.

—Es mayor. —Se encogió de hombros, restándole importancia.

—Ojalá ser tan fuerte y rápido...

Érialo dio un respingo al reparar en que lo había dicho en voz alta. Miró hacia otro lado para ocultar

su rubor. Ahora llegarían las burlas y las preguntas incómodas.

—Es un tonto.

—¿Tu hermano?

—Sí.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Antes jugaba conmigo y era divertido. Ahora solo quiere ser como padre y se pasa todo el día hablando de lo fuerte y bueno que es a todo.

El hermano de Érialo no era así. Calicles era muy fuerte, y también atento y amable.

—¿Y ellos quiénes son? —Señaló a los tres hombres de manto rojo.

—Son iguales, amigos de padre. A veces nos miran.

—Ah.

—Mi padre es un general muy importante. El año pasado fue éforo.

Los tres espartiatas lucían barbas negras y espesas. Pese a que iban desarmados, su aspecto era temible. Eran los soldados más fuertes del mundo. Lo único que sabía Érialo de los éforos era que eran quienes declaraban la guerra a su pueblo cada año.

El sonido de pisadas devolvió la conciencia de Érialo al presente. Las cañas tremolaban en la noche y la brisa arreciaba. La puerta de la choza se abrió de repente, volcando la luz de los candiles al sendero de grava y elevando las voces de Calicles y sus compañeros.

—¿Y cómo sabremos que ha llegado el momento? Estamos muy desorganizados.

—Los dioses nos avisarán.

—Hay centenares de aldeas desparramadas por toda la región...

—¡No hemos tenido una oportunidad así desde que los caballos de Poseidón hicieron temblar la tierra! ¿Dónde está el ánimo combativo con el que nuestros padres resistieron en Itoma?

El viejo Bardas salió de la choza y miró a Érialo desde el umbral.

—¿Qué haces aquí, chico?

Érialo se encogió de hombros.

—Me gusta escuchar.

—Una buena cualidad.

Bardas se reafirmó con un solemne asentimiento. Escudriñó el bosque de cañas con los ojos entrecegados. Al cabo de un momento relajó el semblante.

—No te quedes mucho, esta noche va a helar.

—¿Cómo lo sabes?

Bardas se palmeó la pierna derecha.

—Me lo dice la rodilla. —Sonrió y echó a andar hacia su choza.

Érialo volvió a colocar la lengua como le había dicho la niña de ojos azules. Relajó la punta de la lengua y puso los labios como ella. En su boca nació una nota temblorosa. Casi no podía creérselo. Silbó hasta que se le vaciaron los pulmones. Cogió aire y lo volvió a hacer. Soltó una carcajada.

Ahora podría aprender el idioma de los pájaros y comunicarse con ellos. Al día siguiente iría al escondite de la rana y esperaría a la niña de ojos azules para decirle que sabía silbar.

Se le había olvidado preguntarle su nombre. Él tampoco le dijo el suyo. Su inesperado encuentro había terminado cuando su hermano fue a buscarlo. Le había caído una buena bronca. «Te he dicho que no debes acercarte a ellos jamás! ¡Son muy peligrosos, Érialo! ¡Nos odian!».

Mereció la pena.

El abrazo del sueño nubló su mente. Los brazos cálidos y familiares de Calicles lo levantaron. Atravesó la aldea flotando y su vuelo terminó en la cama. Las pieles de oveja lo cubrieron y una caricia en la frente terminó de empujarlo al mundo de los sueños.

Los gritos despertaron a Érialo. Se levantó del catre y fue dando tumbos hasta la puerta de la choza.

—¡No tenemos ninguna deuda! —gritó su hermano—. ¡Solo somos granjeros!

—¡Cállate, perro! Sabemos que aquí viven conspiradores.

Tres jóvenes espartanos habían rodeado a su hermano y uno de ellos le apuntaba con un cuchillo. Por la aldea se veían sombras huyendo de otras sombras que escupían destellos plateados. Había cadáveres diseminados cerca de las chozas. A Érialo se le encogieron las entrañas al reconocer el rostro de Bardas en uno de ellos.

—Eres un conspirador, ¿verdad?

El cabecilla derribó a Calicles de un puñetazo y le levantó la cabeza para cortarle el cuello.

Érialo agarró la barra de hierro que usaban para

atizar el fuego y corrió todo lo rápido que podía. El espartano se detuvo para mirarlo e inclinó la cabeza. Érialo cargó sobre él como un héroe de Platea. Sin embargo, otro hombre lo detuvo en seco al agarrarlo de la muñeca. Trató de defenderse, pero solo fue capaz de lanzar un débil aspaviento. Le arrancaron el arma y lo tumbaron de una patada.

Calicles se liberó del agarre de su oponente y le propinó un golpe en la cara. Se puso en pie de un salto, arremetió contra otro y descargó una lluvia de golpes con una rabia inédita. El tercer espartano se aproximó para apuñalarlo por la espalda, así que Érialo se interpuso en un último intento de coraje. Le sacaba dos cabezas y era el doble de ancho en envergadura. Saltó sobre él y lo abrazó con todas sus fuerzas.

El espartano lo lanzó al suelo sin dificultad. Érialo cayó de espaldas y antes de que pudiera reaccionar recibió una patada en la cara que hizo que su cabeza rebotara contra la tierra. Todo se volvió negro.

Varias chozas tenían las puertas desencajadas y una se había convertido en una montaña de escombros calcinados. Los cadáveres descansaban en el suelo, dispuestos en una fila ordenada. Su hermano, junto con cualquier hombre que supusiera una amenaza, fue asesinado.

Érialo se deshizo en lágrimas sobre el cadáver de Calicles. Una mujer lo envolvió con un manto y lo abrazó por detrás. Se resistió a que lo alejaran de su hermano.

—Despierta, hermano —gimoteó—. ¡Despierta!

Tenía la tez pálida, cubierta por una pátina de sudor escarchado. Sus labios, blancos y agrietados, no se movieron. Comprendió que nunca más lo harían. Érialo profirió un último grito desgarrado y dejó que se lo llevaran.

Los supervivientes procedieron a honrar a las víctimas en los montes donde descansaban sus ancestros. La muerte olía a miel y carne quemada. Sonaba con el chisporroteo de la madera y el siseo del vino al caer en los rescoldos. Y sabía a lágrimas y a humo.

Las cenizas fueron depositadas en ánforas. Érialo insistió en que construyeran una cámara funeraria

para su hermano, como la de los héroes de las epopeyas. Un viejo pastor conocía una gruta oculta en las colinas, así que crearon una pequeña cripta en su interior. Colocaron el ánfora en el centro y tapiaron la entrada.

Esa misma noche, Érialo se escabulló para estar con Calicles. Sacó varias piedras y se coló por la pequeña abertura. Deseaba despertar al día siguiente y que todo hubiera sido una pesadilla, que se olvidara de ella con el desayuno y el mundo permaneciera igual que siempre.

—¡No es justo! —gimió.

Aporreó el suelo con las manos y sollozó mientras las oraciones a Hades brotaban de sus labios. Suplicó que le devolviera a su hermano hasta que los primeros vestigios de luz acariciaron la roca de las paredes.

De pronto, una ráfaga de viento silbó en la cámara. El aire se cargó con una energía vibrante. Los tonos rojizos del amanecer adoptaron un cariz azulado. Una voz reverberó en la estancia.

—La mitad de su vida por la mitad de la tuya.

—¿Qué?

—Esa es mi oferta.

Érialo no vaciló.

Como cada mañana, Érialo ascendía por el monte hacia la cripta. Había remontado tantas veces aquellas piedras que en su mente podía ver un sendero invisible. Bajo la túnica llevaba escondida una espada. La hoja estaba oxidada y algo doblada, tenía grietas y la espiga bailaba dentro de la empuñadura.

A la pierna atrofiada se le había sumado el ojo derecho. Lo tenía cubierto por una película blanquecina y vetado de ramificaciones negras que nacían de su pupila. La tez había adquirido una tonalidad enfermiza y no sentía la calidez del sol en la piel. El canto de los pájaros sonaba apagado, como si estuviera sumergido bajo el agua, y la comida sabía a limo. Las fragancias de las flores, el aroma de la carne con romero al asarse, los olores del estiércol y el ganado..., todo había desaparecido, sustituido por una sensación acre y pegajosa.

Se encontraba muy arriba. Allí ya no tenía que preocuparse, así que sacó el kopis. Se alegraba

de haberlo recogido. Le recordaba un poco a él. A veces uno necesita que alguien te sostenga cuando estás acabado, igual que Hades aquel día.

Pasó la palma izquierda por el filo. Apretó lo suficiente para dejar una línea de sangre. Luego se pasó la espada a esa mano e hizo lo mismo en la palma derecha. No brotó nada de la herida. Se practicó un corte profundo en el antebrazo, desde la muñeca hasta el codo, con el mismo resultado. Las heridas se cerraron y no sintió ningún dolor.

Érialo prosiguió su ascenso. El invierno se aproximaba y los vientos fríos arrastraban recuerdos fatídicos.

—Es un poco vieja, pero espero que te guste, hermano.

Colocó la espada en un rincón. En ese tiempo había llevado otras cosas a la cripta. Un casco abollado, mantos, túnicas, juguetes... Cualquier cosa que pudiera serle útil.

Apoyó una mano en el ánfora y se sentó en el suelo. Pasó todo el día en la cueva, jugando con las sombras y recordando historias en voz alta. Al anochecer, cuando empezó a sentir su presencia, descendió por la ladera y se apostó entre los cañaverales que circundaban una aldea cercana. Esa noche habría krypteia.

El sol se puso y los ilotas se refugiaron en sus casas. Apagaron los candiles y rezaron en la oscuridad para que la desgracia no llamara a sus puertas.

—¿Estás conmigo, hermano? —preguntó Érialo.

—Sí.

Una nube de vaho se formó a su derecha. Se concentró en una silueta y ganó consistencia hasta adoptar el aspecto de su hermano. En la mano derecha blandía la espada oxidada. Alzó la hoja traslúcida y la miró satisfecho.

—Gracias.

El hechizo de Hades permitía que Calicles regresara cada noche al mundo de los vivos. Nadie podía saber lo que había hecho Érialo o destruirían la cámara. «No pueden saber lo que somos», se dijo.

—¿Preparado? —preguntó su hermano.

Media docena de jóvenes espartanos ascendía hacia la aldea, vestidos con túnicas simples y armados con cuchillos. Ese día se convertirían en hombres. En asesinos. Érialo se estremeció y Calicles apoyó una mano en su hombro.

—Estamos juntos.

—No sé si es buena idea...

—Piensa en lo que hicieron. —Su mano le apretó con fuerza—. Destruyeron nuestra aldea. ¿Permitirás que se repita?

Salieron del escondite y se interpusieron en su camino. Los espartanos frenaron y los observaron desde la distancia. Algunos otearon los alrededores, buscando amenazas entre las sombras. Temblaban de frío y estaban famélicos y asustados. En sus expresiones se leía que querían volver a sus casas.

—Deja que yo me ocupe —dijo Calicles.

Espada en mano, avanzó hacia ellos. Los espartanos se pusieron en guardia y se desplegaron en una línea con forma de media luna. Calicles se dejó rodear. Entonces, comenzó la reyerta.

Al principio estaban confiados. Su ventaja era de seis contra uno, pero desconocían que su adversario ya no era un hombre. Sus cuchilladas hendían la figura de Calicles sin producir efecto alguno, mientras que su hermano se movía con una agilidad inhumana. En cuestión de pocos parpadeos, dos de ellos se desplomaron con heridas mortales. El tercero intentó envolver a Calicles con los brazos en una llave de lucha. Solo encontró el aire antes de trastabillar. Emitió un chillido al recibir un profundo tajo en la pierna y fue silenciado con una estocada que le atravesó el cuello.

Los tres espartanos restantes empezaron a retroceder. Calicles arremetió y ejecutó a uno. Los otros dos echaron a correr en direcciones diferentes. El primero cayó, ensartado por la espalda. Calicles se abalanzó sobre él y lo golpeó con el kopis hasta que su cuerpo no era más que un amasijo de carne. Solo paró cuando cayó en la cuenta de que había un superviviente. Levantó la cabeza como un depredador y lo localizó. Se deslizó por las tinieblas como un lazo de viento.

Érialo no pudo soportarlo más. Cerró los ojos y se tapó los oídos hasta que todo terminó.

Las muertes se sucedieron a partir de entonces. Compañías enteras desaparecían durante la noche después de adentrarse en las colinas al este del Eurotas. Como consecuencia de ello, los éforos endurecieron el trato a los ilotas, se volvieron más crueles. Cada krypteia era más atroz que la

anterior. Y por toda Laconia se extendió el rumor de una criatura que asesinaba espartanos.

«Baja por esa rambla», dijo Calicles.

Érialo obedeció.

Durante ese tiempo, Calicles se volvió más fuerte. Ahora era capaz de manifestarse durante el día. Cuando no cobraba forma, su voz le fustigaba la conciencia. Érialo se sentía cada vez menos ligado al mundo de los vivos. Una película gris enturbiaba sus ojos. Los animales e insectos lo rehuían. Los pájaros desviaban su vuelo. Se había recluso en las cumbres más escarpadas y se deslizaba entre los peñascos como un signo de mal augurio.

«Allí abajo. ¿Los oyes?».

Por sus voces, se trataba de un grupo numeroso. Estaba anocheciendo y las estrellas eran puntos blancos desvaídos por el paso de las eras. El bosque que lo rodeaba guardaba silencio.

«Vamos a por ellos», le instó Calicles.

Érialo titubeó, pero su hermano le tironeó del alma y se puso en movimiento. Era una de sus nuevas habilidades. Dolía como si una maraña de zarzas le estrujara el corazón.

«No es el momento, Érialo», le espetó.

—Lo siento.

Érialo lo entendía. Los espartanos eran malos. Asesinos. Mataron a Calicles y a Bardas y a muchos otros. Odiaban a Érialo y a todos los ilotas y él los odiaba todavía más. «La crueldad se paga con más crueldad», dijo alguien. Los mataría a todos, hasta el último. Les haría daño. Suplicarían. Sus cuerpos insepultos serían carroña para las alimañas.

Hizo una pausa para vomitar. Esos no eran sus pensamientos. A veces su mente se enredaba con la de Calicles. Cuando eso pasaba la realidad se desvanecía para él. El suelo bajo sus pies desaparecía y era sustituido por las aguas oscuras de la laguna Estigia, que tiraban de él hacia las profundidades a la vez que unas manos huesudas lo empujaban hacia abajo.

Su ojo izquierdo expulsó una lágrima fría. Se tambaleó cuando el mundo se recompuso. Se escondió detrás de una roca y Calicles se materializó a su lado.

—Ahí están.

Eran veinte y estaban vadeando un arroyo. Vestidos con túnicas cortas y armados con cuchillos, bregaban contra el barro que las lluvias habían

dejado en las orillas.

—Dejemos que crucen. Así no podrán huir después.

Durante la espera, Érialo pudo percibir el ansia de Calicles. Lo notaba en sus pensamientos, deslizándose como un animal enjaulado.

—Ahora —dijo.

—Son muchos. Tengo miedo.

—Están demasiado lejos. No puedo alcanzarlos si no te acercas. Vamos, hazlo por tu hermano.

Érialo no quería volver a sentir los pinchazos en el corazón. Se puso en pie y cojeó pendiente abajo. Los espartanos se pusieron en guardia nada más verlo. Se había acostumbrado a ver sus muecas de desconcierto. Calicles se hizo visible y empezaron a retroceder. Una voz grave, que rezumaba autoridad, hizo que mantuvieran la posición.

Calicles se lanzó a por ellos y Érialo se limitó a apartar la mirada. Era en esos momentos, cuando Calicles se desgajaba de él y volcaba toda su rabia en los espartanos, en los que volvía a ser el niño que quería aprender el idioma de los pájaros. Como una corriente repentina que lo enviara de vuelta a la superficie, los sonidos restallaban en sus oídos. Gritos que se superponían a otros gritos y le recordaban a la noche en la que su aldea fue atacada. Calicles era un destello plateado que bailaba en las tinieblas.

Cerró los ojos, se tapó los oídos y chilló para silenciar todo lo demás. De repente, sintió un impacto en la espalda. Se arriesgó a mirar y vio la punta de una lanza que sobresalía de su pecho. Pestañeó y contempló la lengua de bronce. Giró la cabeza, lentamente, y vio al soldado que la empuñaba. Del bosque surgían espartanos pertrechados con la panoplia al completo. Por lo menos cincuenta.

El soldado le arrancó la lanza de un tirón. Érialo trastabilló y se miró el pozo de oscuridad que atravesaba su cuerpo. Hurgó con dos dedos antes de que la herida se cerrara. Estaban limpios. El portador de la lanza se quedó petrificado. Por suerte, le había alcanzado en su mitad muerta.

Más espartanos avanzaban hacia él, así que echó a correr como podía. En cualquier momento se alejaría demasiado y notaría el tirón de Calicles.

—¡Hermano, ayúdame! —chilló Érialo.

Varios soldados se lanzaron en su persecución y le recortaron distancia en pocas zancadas.

—¡Calicles, por favor!

Empezó a sollozar. Arrastraba la pierna mala y tropezaba con cada irregularidad en el terreno. Una jabalina le acarició la mejilla izquierda y se hundió en la tierra. En la orilla del arroyo, Calicles luchaba contra decenas de espartanos al mismo tiempo.

—Ayúdame...

Llegó hasta la primera línea de árboles y se sumergió en el bosque. Su pie débil chocó con una raíz y cayó. Seis espartanos lo rodearon. Se tapó la cara y se hizo una bola, esperando la caricia del bronce, pero esta nunca llegó.

Los espartanos emitieron un estrépito metálico al caer. Cuando Érialo abrió los ojos ya eran cadáveres. Salvo uno. Tenía una herida fea en la cara interna del muslo. Era alto y tenía cuerpo de atleta. Se atisbaban los tonos rubios en el cabello rasurado y tenía unos ojos azules que le resultaban familiares.

Calicles se arrodilló a su lado, le levantó la cabeza y acercó el filo a su cuello.

—¡No! —gritó Érialo—. No lo mates.

—¿Te has vuelto loco? Si lo dejo marchar lo sabrán todo. Sabrán quién eres y matarán a todos los de la aldea. ¡Descubrirán el secreto!

—Por favor... —balbuceó.

Tenía recuerdos que iban y venían. Como si estuvieran dibujados en la arena de una playa y las olas los barrieran una y otra vez. Una rana que saltaba entre las piedras. Un escarabajo que jugaba al escondite. La nota larga de un pajarito.

—Él... Su hermano...

—¿De quién? —inquirió Calicles.

—Una niña de ojos azules... —logró decir.

Érialo no recordaba quién era ella. El espartano lo miró con los ojos muy abiertos. Por un momento dejó de retorcerse y se olvidó de la hemorragia. Érialo logró atrapar algunos recuerdos.

—S-su... su padre es un general muy importante. El año pasado fue éforo... No, fue hace más tiempo. No recuerdo...

—¡Es cierto! —exclamó el espartano.

Calicles entrecerró los ojos.

—¡Por favor, piedad! —suplicó—. ¡Dejadme vivir y no le diré nada a nadie! ¡Lo juro!

—¡Mentiroso! —Calicles apoyó la hoja en su garganta.

—Si me matáis, mi padre se vengará. Todos los soldados desde Pilos a Tegea se movilizarán y

arrasarán vuestros poblados. No quedará ni un ilota en Laconia.

—¿De veras fue un éforo? —preguntó Calicles, ausente.

—Sí —respondió el espartano—. Hace cuatro años.

«Cuatro años...», pensó Érialo. Cuando conoció a la niña de ojos azules solo había transcurrido uno. La cabeza le daba vueltas.

—Los éforos... —Calicles pronunció su nombre lentamente—. Los causantes de todas nuestras calamidades...

El semblante del espartano se arrugó en una mueca de pánico. Érialo se puso a temblar al ver el fulgor que irradiaban los ojos de su hermano.

—¿Cuándo se reúnen los éforos? —inquirió Calicles.

—No lo sé.

—¿Quieres vivir?

—¡No lo sé! ¡Lo juro!

—Te voy a degollar y no quedarán restos de ti para que tu padre pueda velarte. Te llevaré conmigo a las entrañas mismas del tártaro, donde la noche es eterna, y los hecatónquiros desmembrarán tu alma hasta que solo sea un jirón de niebla condenado a vagar en las tinieblas por toda la eternidad. Te juro que lo haré, salvo si respondes a mi pregunta.

El joven espartano se había meado y le temblaba cada palmo del cuerpo.

—Por f...

—¡Responde! —El grito de Calicles resonó en las colinas y provocó que Érialo se estremeciera.

—¡Mañana! —confesó—. Al mediodía. Para conocer el resultado de esta incursión.

—No era tan difícil, ¿verdad?

Calicles le cortó el cuello con un movimiento limpio. El espartano murió con la sorpresa pintada en el rostro.

—¿Por qué? —logró preguntar Érialo.

—Le he regalado una muerte rápida a ese cobarde. Ya es más de lo que merecía.

Érialo siempre quiso visitar la ciudad de los espartanos cuando era niño. Le daban miedo. Eran muy peligrosos. Pero quería ver cómo vivían. Quería saber qué era lo que ellos tenían, lo que a los ilotas les faltaba. Sin embargo, ahora, cada paso que lo acercaba a la ciudad del otro lado del Eurotas

incrementaba sus nervios. Notaba la presión de Calicles, que tiraba de él como si tuviera una correa de espinas atada al cuello.

—Por su culpa yo estoy muerto y tú eres así —le había dicho para convencerlo, mientras Érialo se lavaba en el arroyo tras la matanza de la noche anterior. El rostro de Calicles sustituyó al suyo en el reflejo del agua—. Por su culpa pasamos hambre y frío y tenemos pesadillas. Nos masacran cada año porque nos temen, ahora más que nunca. Esto es una guerra y podemos ponerle fin, Érialo. Somos fuertes como un dios.

»Piensa en nuestra gente. Derrocaremos a los espartanos para siempre. No más sangre ni sorpresas en mitad de la noche. Cuando matemos a los cinco éforos seremos la llama que prenda la yesca. Ilotas y periecos de toda Laconia se levantarán y se liberarán de su yugo. Seremos libres. ¿No quieres eso, Érialo? ¿No deseas dejar de tener miedo? ¿Poder ir adonde quieras y ser respetado como un héroe?

Era mediodía cuando Érialo cruzó el puente que salvaba el Eurotas. Al principio pensaba que los llantos y los lamentos estaban en su cabeza, pero ganaron intensidad cuando el arrullo del agua quedó atrás.

«Sigue adelante. La residencia de los éforos está junto al ágora».

Érialo obedeció, aunque su atención estaba puesta en ese coro de llantos.

A la derecha, mucha gente se congregaba alrededor de un templo. El tumulto era un hervidero de amargura y había mujeres que se desplomaban desconsoladas y hombres que se tapaban el rostro con las manos. Todos estaban demasiado ocupados para prestar atención al ilota tullido.

La curiosidad pudo a Érialo, que se desvió de su camino. Esperaba recibir las punzadas de dolor que lo recondujeran. Sin embargo, algo incitaba también a Calicles a acercarse. Se coló entre la marabunta y se topó con una procesión de muertos. Decenas de ellos apilados en carros. Brazos y piernas enredados, heridas abiertas en las que las moscas se daban un festín.

—Esto lo hemos provocado nosotros... —musitó Érialo.

«No debes preocuparte por ellos. Ellos no lo harían por ti».

Érialo tragó saliva. Reparó en la escena que se desarrollaba más adelante. Varios hombres retiraban los cadáveres de los carros y los colocaban cuidadosamente en el suelo, como si fueran figuras de terracota. Al aproximarse, sintió un chisporroteo en un rincón de su memoria.

Postrada sobre uno de los cadáveres había una doncella. Vestía un peplo blanco, ceñido a la cintura con un cordel dorado a juego con sus cabellos rubios, que llevaba recogidos en varias trenzas. Su espalda se arqueaba al ritmo del llanto. Érialo vio el cuello cercenado del hombre y la herida mugrienta que le recorría el muslo.

Algo sacudió a Érialo desde dentro. Su corazón dio un brinco, como si volviera a latir después de mucho tiempo dormido. Recuerdos que se enredaban unos con otros. Pelos rubios que se trenzaban con dedos retorcidos y ensangrentados. El canto de los pájaros se distorsionaba en forma de gritos afilados, que a su vez se deshilachaban en largas notas silbadas. Los golpes de un niño contra el suelo. Su llanto por el hermano al que le habían arrebatado. El dolor de una niña que sabía silbar. «¿Cómo haces eso?». «Es muy fácil». «Tienes que apoyar los lados de la lengua en...». «¡Despierta, hermano!». «¡No es justo!». «¡Por favor..., piedad!». Las voces se intercambiaban unas con otras. Se vio a sí mismo abrazando el cuerpo frío de Calicles. Cerró los ojos para apartar aquello de su mente y en la negrura irrumpió la niña de ojos azules. Estaba dentro de su cabeza y lo veía todo desde su perspectiva. Los cabellos sueltos enmarcaban la visión mientras abrazaba al espartano.

«Érialo, ¿¡qué estás haciendo!? ¡Para!», gritaba Calicles.

De repente, se encontró tendido en la orilla de un río de aguas negras. De la bruma surgió una barca. La proa apuntaba hacia él y al timón iba una figura de oscuridad ataviada con jirones de niebla. La barca se detuvo en la orilla y el ser se acercó a Érialo. Depositó un óbolo en sus manos y señaló hacia las cumbres de los montes Parnón. Luego, la barca se separó de la orilla y se alejó hasta desaparecer.

Yacía al borde del Eurotas, con las rodillas enterradas en el barro. Abrió las manos y las encontró vacías. Su mirada vadeó el río, recorrió las faldas de las colinas y ascendió hasta las cumbres. Calicles

chillaba de rabia y le estrujaba el corazón.

«Tenemos que acabar con esto, Érialo», dijo con un tono que rozaba la súplica. Algunas personas lo observaban, siseaban cosas feas después de mirar su pierna.

Se levantó.

—Sí...

Tomó el puente, dejando Esparta a su espalda.

«¿Qué estás haciendo?».

—Acabar.

«Érialo».

Calicles tironeó de su alma para encaminarlo hacia la residencia de los éforos. Érialo siguió adelante. El dolor se incrementó. Lo dejó sin aliento y con el cuerpo rígido.

«¡Érialo!».

Calicles se enroscó alrededor de su alma y la estrujó con todas sus fuerzas. Su corazón coceaba, vibraba, se detenía y volvía a latir. Remontó ese camino que tantas veces había recorrido.

Su hermano se manifestó y se interpuso en su camino.

—Sé lo que te propones.

Érialo lo rodeó sin mirarlo, pero Calicles volvió a aparecer frente a él.

—No permitiré que me mates.

Materializó la espada en la mano derecha y le apuntó con ella.

—Tú ya estás muerto... —gimió Érialo.

No tenía forma de frenarlo, salvo con dolor. Ignoró las repetidas oleadas, centrándose en que cada paso lo acercaba más a su objetivo. La cripta ya era visible.

—¿No quieres vengarme? ¿Ni a Bardas y a todos los que ellos asesinaron? ¡Cobarde! Debieron abandonarte cuando naciste y vieron lo que eras. ¡Tú tienes la culpa de todo! Le dijiste a esa hija de espartanos lo que planeábamos, ¿verdad? Nos traicionaste. Por eso vinieron a matarnos a nuestra casa.

Las lágrimas recorrían su mejilla izquierda. Se restregó la nariz y se detuvo frente a la cámara funeraria. Los ecos de las palabras pronunciadas por Calicles resonaban en sus oídos.

«La crueldad no debe pagarse con crueldad». Las palabras del abuelo acudieron a él para rescatarlo. Las repitió mientras destruía la pared que sellaba la gruta. Cada piedra que retiraba era una espina

que se arrancaba. Él ya no era su hermano. Su hermano murió tres años atrás. Por protegerlo. Ahora él iba a salvarlo devolviendo su alma rota al reino de Hades, de donde nunca tenía que haber regresado.

Se adentró en la cripta por última vez. Agarró la urna con los restos de Calicles, salió y la lanzó todo lo lejos que pudo. El ánfora estalló en añicos y una nube de polvo negro se dispersó en el aire. Al instante, el silencio asoló su conciencia. Exhausto, se tumbó. Notó las caricias de la hierba y el tacto templado del sol.

—Rechazo tu oferta —murmuró.

La respuesta de Hades no tardó en llegar.

—De acuerdo.

La tierra empezó a temblar. La gruta se resquebrajó y se vino abajo. Una bandada de gorriones recorrió el lienzo azul y Érialo apoyó los lados de la lengua en los dientes de arriba. Relajó la punta, ahuecó los labios y exhaló una nota larga. Los pájaros respondieron. Sonrió y, por un instante, volvió a ser un niño.



4

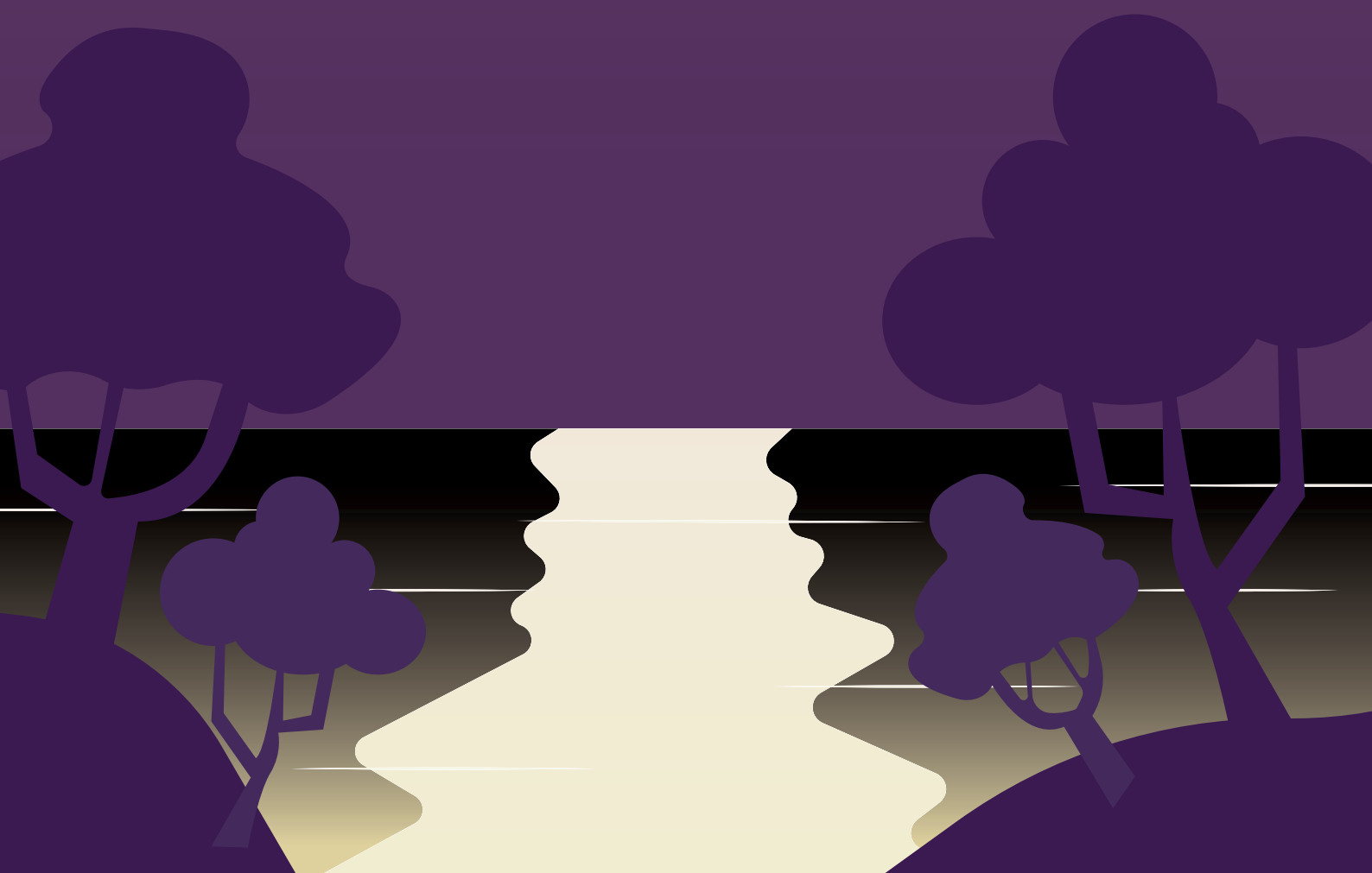
LA BATALLA POR EL RÍO VELANTYO

M. AZANZA

AMAYA M. AZANZA, DE MADRID, ES ESCRITORA, COPYWRITER Y WEB DESIGNER. AUTORA DEL RELATO LA CIUDAD OSCURA Y ENTUSIASTA DE LA CIENCIA FICCIÓN Y LA FANTASÍA, ES INTEGRANTE DE LA CAJA DE LETRAS.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR AL AUTOR DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!



1

Arthure

En una mañana despejada, bajo el repecho de las colinas del sur, era tal el caudal de agua que no se distinguía la otra orilla. El río Velantyo era la última corriente líquida, antes de que las nieves eternas del norte se abrieran camino entre el paisaje para cubrirlo por completo.

Durante siglos había sido objeto de disputas entre los dos reinos que separaba: Thenoviggir en su orilla septentrional, tierras de los antiguos clanes bárbaros; y Tirandéss al sur, antaño el mayor imperio de Middengardent, sumido ahora en una lenta e inevitable decadencia.

Arthure de la Goyenne, mariscal accidental de los ejércitos del norte de Tirandéss, se despertaba cada mañana con esa idea en la cabeza. La descomposición de la nación, que prácticamente había gobernado sobre todo el continente e incluso más allá, durante cientos de años, no se había producido de la noche a la mañana. Con el transcurso de los siglos, su poder había decaído a causa de reyes pusilánimes y nobles ambiciosos. Poco o nada tenían que ver con los hombres y mujeres que esa mañana se reunían, bajo un cielo gris de primavera, en las vegas del Velantyo.

Cornetas y tambores tocaron a «batallón y llamada» y las tropas comenzaron a formar de manera ordenada, siguiendo la guía de sus oficiales. Los batallones de infantería con piqueros y coseletes al frente, la caballería pesada detrás. Las filas de arqueros y ballesteros les seguían. La caballería ligera se quedó en retaguardia, a la espera de cómo se fuera desarrollando la contienda.

Cada cuerpo de ejército tenía asignado su círculo de Bakuk em Abuk, hechiceros de batalla que podían hacer mucho daño a gran distancia. Contaban con la singular característica de que sus poderes los dejaban ciegos y por ese motivo necesitaban ser protegidos por los soldados. Era un ejército que imponía respeto a pesar de sus números menguados, y, aun así, de la Goyenne se había guardado sus mejores armas.

El mariscal salió de su tienda y habló con sus oficiales de campo. Todo estaba preparado. Tan solo restaba un pequeño detalle: atravesar el río. Sus tropas se habían visto obligadas a destruir los dos puentes que atravesaban el pueblo de Veramar, en la desembocadura del Velantyo, para evitar que el enemigo los

cruzase. No había ningún otro puente transitable hasta la intersección con el afluente Niimir, a unas cincuenta millas al noreste, lejos de su posición.

Un río. Era todo lo que separaba a Tirandéss de la derrota total o de conseguir un hálito de esperanza que permitiera conservar lo que quedaba del aquel imperio, antaño grandioso, y dejar atrás aquellos aciagos tiempos.

2

Thorgeir

Se habían atrevido hasta a cambiarle el nombre. El cauce de agua que les había dado la vida en los difíciles inviernos tenía antiguamente un nombre en lengua bárbara que significaba eso: vida. Los sureños de cuerpos de metal y cobardes armas largas habían llegado, lo habían hecho suyo y lo habían llamado de otra manera, una que nada significaba.

Hacía ya mucho tiempo de aquello. Los clanes del norte todavía se enfrentaban en sangrientas guerras internas y no pudieron oponer resistencia a la llegada de los ejércitos de Tirandéss. Había sido su familia, los Balvatarr, del clan del Oso Blanco, quienes consiguieron aunar a todos los clanes bajo un solo mando. No había sido sencillo, costó mucha sangre y quizá demasiado tiempo, y, cuando la más terrible de las épocas de frío los había alcanzado, el río, el único medio para su supervivencia, no estaba a su alcance. Por eso luchaban.

El Gratt Khelm Yarold era ya anciano y su primer hijo, el Dorrest Khelm Bellvaar, luchaba en la capital por mantener el poder e impedir que Thenoviggir se dividiera de nuevo en pequeños territorios que actuaran cada cual por su cuenta. De tal modo que había sido el segundo hijo del Gratt Khelm, Thorgeir, quien había quedado al mando del enfrentamiento por el río Velantyo como Kerrat Otterket, comandante de batalla.

Había conseguido movilizar a los mejores guerreros de todas las tribus. También a las poderosas bestias que cada clan domesticaba y que formaban parte de sus emblemas. Hechiceros de batalla bajo el juramento del Regnerunak se sumaban a sus filas. Su poder y experiencia aportaban confianza y esperanza de victoria ante un ejército superior en número y mejor organizado. Eran luchadores temibles, salvajes y despiadados, pero tenían medios escasos. Sus metales no

eran tan buenos como los del oponente, por ese motivo habían esquilado los pertrechos de los ejércitos que habían derrotado. La diversidad de armamento que presentaban los clanes del norte iba desde todo tipo de mandobles y espadas, hasta las grandes hachas a las que estaban más acostumbrados; de fisgas de pesca modificadas, hasta mazas y porras, que en manos de guerreros de tal envergadura podían resultar muy intimidantes. Los escudos alternaban entre aquellos hechos de madera y algún que otro broquel o pavés, con emblemas forasteros. No les gustaban las armas de asta. Eran casi invencibles cuerpo a cuerpo, pero para luchar a distancia tan solo disponían de grupos de arqueros que eran más cazadores que soldados.

Los terrenos escarpados de Thenoviggr y el clima adverso hacían apenas viable la existencia de unidades de caballería. Las que tenían se conformaban muchas veces con caballos de tiro. Eran fuertes, pero lentos y no siempre dispuestos a obedecer a sus jinetes. Thorgeir no se fiaba de ellos. Si hubiera podido, habría preferido montar un oso, pero estos no se dejaban montar. Por suerte el vínculo de su clan con los osos blancos hacía que muchos de ellos le obedecieran. Uno en concreto, Oyyo, un gigantesco macho joven, se había convertido en su compañero inseparable. El Kerrat Otterket y el animal invocaban tal poder a su alrededor que hacía creer a sus gentes que aquella batalla tan desigual podía ser ganada.

3 Arthure

—¡Pontones! —gritó el mariscal. Los oficiales superiores ordenaron formación de defensa. Desde la retaguardia los ingenieros movilizaron las grandes barcasas que iban a ser utilizadas para atravesar el Velantyo. El plan era encadenar varias de ellas hasta llegar a la orilla contraria y permitir que las tropas pudieran cruzar.

Tres eran los puntos que se habían elegido cerca del campamento, debido a las tierras bajas y al angostamiento del cauce. Muros de escudos se desplegaron en dichos lugares; arqueros y ballesteros se colocaron detrás.

—¿Preparados?! —inquirió de la Goyenne desde lo alto de la colina en la que había situado la tienda con el

puesto de mando. La pregunta se propagó como un eco en boca de los oficiales. La respuesta fue afirmativa.

Arthure echó un rápido vistazo a la orilla opuesta. Las tropas enemigas se preparaban para repeler el ataque, apelotonándose frente a sus hombres. Desde la distancia no podía distinguir los rostros de los norteños, pero podía escuchar sus bramidos en la lengua antigua de los clanes.

Inspiró una breve bocanada del aire húmedo de la mañana y cerró los ojos tratando de conjurar la fortuna. Cuando los abrió expiró un hálito ardiente de guerra.

—¡Adelante! —rugió el mariscal.

Arqueros y ballesteros descargaron sus flechas sobre los norteños, que tardaron poco en cubrirse, echando rodilla a tierra y levantando los escudos. Cuando los oficiales confirmaron la posición del enemigo dieron voz de movilizar los pontones. Arthure se revolvió en su montículo. Las formaciones de infantería tirandessa se abrieron. Los tres primeros lanchones atravesaron las líneas. Los soldados que los portaban se tiraron al agua para emplazarlos. El que se hallaba más al oeste, el más alejado del campamento, flotó sin problema. Allí la presencia enemiga era menor. La lancha central, la que Arthure podía ver con más claridad, se tambaleó bajo la respuesta de los arqueros bárbaros, pero pudo ser colocada. El avance más al este sufrió mayor fuego enemigo y tuvo que retroceder. La mitad de los soldados que cargaban el puente cayeron bajo flechas norteñas, de modo que el capitán de la formación dio orden de cerrarla y aguantar hasta que pudieran recomponerse.

Arthure mandó llamar a los carriers, los soldados encargados de llevar las órdenes a los oficiales cuando el clamor de la batalla hacía imposible la comunicación por voz. Mientras llegaban, se giró para hablar con los dos coroneles que le acompañaban en el puesto de mando. El veterano coronel Wermer, alto y fornido, y el espigado coronel Bettet, gran estratega. Ambos le hacían sentir un poco intimidado por su estatura. A veces le costaba recordar que era él quien estaba al mando. Hasta hacía unos meses los tres tenían la misma graduación, pero una serie de desafortunados eventos y la inesperada muerte en batalla del anterior mariscal le habían ascendido al puesto más alto de los ejércitos del norte de Tirandéss. Arthure era demasiado joven para ese puesto, pensaba que no estaba preparado para ello y sospechaba que muchos de sus oficiales estaban de acuerdo, aunque no lo verbalizaran.

Tras debatir con los coroneles, Arthure escribió los mensajes para los capitanes y los entregó a los carriers. Había que cruzar el río a toda costa. El paso del oeste era el de mayor anchura y la corriente se hacía más fuerte al salir del meandro que formaba una colina pedregosa en la otra orilla. La misma colina que dificultaba el despliegue de los bárbaros en aquel punto. La siguiente barcaza era más larga, así que se tuvieron que emplear más soldados para colocarla y encadenarla a la anterior. Fue el punto en el que más pudieron progresar. En el vado central también se consiguió colocar el segundo pontón, pero allí la resistencia era mayor y la labor más compleja. El cruce este seguía a la defensiva, no había posibilidad de avance. Fue entonces cuando los magos del Bakuk em Abuk tuvieron que intervenir.

4

Thorgeir

Sentado sobre una gran roca con Oyyo a su lado, Thorgeir observó el ataque del ejército de Tirandéss. Sus ojos de un azul cristalino escrutaban con inaudita templanza la táctica enemiga. Se abrigaba con un manto de pieles dejando tan solo al descubierto la cabeza. Era un hombre joven y bien parecido, aunque la barba larga y las tres cicatrices que le cubrían el rostro quisieran negarlo. Alto y atlético, aunque no demasiado musculoso. Llevaba el cabello claro recogido a la usanza del norte, rapado por los laterales y la nuca, y la melena recogida en torzadas que se convertían en trenzas y se anudaban juntas con cintas de cuero.

Sabía que su inferioridad numérica iba a ceder la iniciativa al oponente. Y, conociendo el último obstáculo que separaba a los dos ejércitos, preparó una respuesta al intento de cruzar el río. Tampoco había mucho más que pudieran hacer. Así que cuando los oficiales tirandesses comenzaron a gritar en ese lenguaje gutural y pomposo, ordenó a sus arqueros prepararse para rechazarlos.

Dos de los vados estaban bien cubiertos, pero el tercero, al otro lado de la colina rocosa, sería más difícil de defender. No disponía de los hombres suficientes para disgregarlos de tal forma.

Fue por el tercer paso, el que se encontraba río abajo, por donde los tirandesses consiguieron cruzar primero. El ejército enemigo tuvo pocas bajas al colocar las

grandes tablas de madera. Cuando las aseguraron, los muros de paveses se abrieron y la caballería tirandessa pesada cabalgó para hacerles frente.

Thorgeir se levantó, dejando caer su manto. En la mano portaba un mandoble de hierro oscuro. Su armadura era de cuero tachonado, lo que le permitía moverse con facilidad.

Una de las desventajas de no utilizar habitualmente armas de asta era no ser capaz de frenar las cargas de caballería. No pudo más que ordenar a sus guerreros montados enfrentarlos en el campo abierto de su orilla. La carga fue dura pero desigual. La caballería tirandessa, mucho más disciplinada y numerosa, atravesó con escasas pérdidas la línea enemiga. La infantería bárbara acudió entonces al encuentro con una violencia insólita, cercenando patas y abriendo tripas de caballos, rematando sin piedad a los jinetes caídos.

Los gritos de guerra de los norteños eran bien conocidos por el miedo que infundían a sus adversarios. Aquellos alaridos salvajes descolocaron a los soldados tirandesses y la avanzada empezó a diluirse. Entonces Thorgeir hizo una señal. Varios cuernos sonaron sobre la colina rocosa: los clanes llamaban a sus animales. El Kerrat Otterket sabía que era la fuerza más poderosa de la que disponían y que tenía que utilizarlos antes de que el ejército tirandéss siguiera avanzando.

Osos blancos, negros y pardos, lobos, huargos y toros almizcleros por tierra, y águilas blancas, azores, halcones y alguna lechuza intrépida por aire salieron tras el recodo de la colina y atacaron sin miramientos a los sorprendidos soldados. Los tirandesses utilizaban casquetes sin visera de modo que la cabeza, en especial los ojos, fueron el principal blanco de las rapaces. Cegados y desorientados muchos jinetes cayeron al suelo para ser despedazados por garras, fauces y pezuñas.

Thorgeir miraba complacido la masacre que las bestias estaban causando en el vado bajo, cuando un gran estruendo desvió su atención. Oyyo se sobresaltó y rugió. Justo al otro lado, en el vado alto, una fuerte explosión había destrozado a sus arqueros. Buscó con avidez el origen de aquel ataque y encontró a un grupo de magos del Bakuk em Abuk, que giraban en círculo con los ojos blancos, haciendo invocaciones, como era su costumbre. Eran magos poderosos, pero la característica manera de aunar sus poderes les convertía en un blanco fácil. Por ese motivo había siempre una guardia con grandes escudos protegiéndoles.

Thorgeir observó también el vado central. Los

tirandesses estaban consiguiendo enlazar las planchas a pesar de la intensa lluvia de flechas norteñas. Tendrían que aguantar un poco más en ese frente.

—¡Orvar! —llamó el comandante, y un norteño alto y rubio se acercó con un arco largo en la mano. Thorgeir señaló al círculo de magos. Orvar sabía muy bien lo que debía hacer. Extrajo una flecha larga del carcaj que llevaba a la espalda y la colocó en el arco. Tensó la cuerda en un ángulo imposible y se mantuvo en esa posición hasta que divisó con claridad su objetivo. Los ojos azul oscuro del arquero se entrecerraron para enfocar su visión. Disparó. La flecha trazó en el aire una gran parábola que cruzó el río y, a pesar de que los escudos estaban levantados, consiguió superarlos y ensartar a una de las magas del círculo, que cayó al suelo inmóvil. La concentración de los magos se quebró. La pérdida de uno de sus miembros rompía los encantamientos.

—¡Los arqueros al vado superior! —ordenó Thorgeir—. Dejad solo a los del clan del Halcón. Los guerreros preparados.

Los jefes de los clanes, que hacían a su vez de guardia personal del Kerrat Otterket y siempre se hallaban cerca de él, transmitieron las órdenes. El grupo principal de arqueros se movió desde el vado central al superior. Tardaron en reagruparse porque tuvieron que retroceder para alejarse del alcance de los arqueros enemigos. Sus huecos se llenaron con tropas de bárbaros que formaron una línea de escudos dispares. Los demás guerreros se colocaron impacientes detrás de ellos.

Oyyo gruñó. Quería llamar la atención de Thorgeir sobre alguien que se hallaba unos pasos por detrás de ellos y que había asistido en silencio al inicio de la batalla. Embozado en una capa sucia, con las manos entrelazadas bajo ella, una figura se alzaba sombría sobre una peña cercana. A pesar de la nieve y la mugre, Thorgeir podía distinguir las runas del Regnerunak bordadas sobre los pliegues de la prenda. Era de un tono anaranjado muy apagado, cerrada de tal modo que apenas se podía ver algo del sayo y las calzas oscuras que había bajo ella. Solo las botas de cuero negro permanecían visibles y quietas, pues no había marcas a su alrededor de que se hubieran movido en largo tiempo.

Thorgeir no soportaba a los hechiceros del Regnerunak. Eran implacables en combate, pero también impredecibles y poco proclives a seguir las instrucciones que se les daba. Sabía que tarde o

temprano tendría que utilizarlos, pero quería retrasar ese momento cuanto le fuera posible. Nada bueno había salido nunca de un enfrentamiento en el que participaran aquellos hechiceros. Thorgeir bien lo sabía. Una de las cicatrices de su rostro, que le iba de la sien izquierda a la mandíbula, se la debía a ellos. Eran hombres y mujeres que la sociedad norteña había descartado para el combate por sus discapacidades físicas. Sin embargo, se les habían concedido conocimientos arcanos milenarios, con el fin de que pudieran tomar parte en las guerras por Thenoviggr. El único aspecto a su favor era el hecho de que su padre, el Gratt Khelm, había atado la fidelidad del Regnerunak a su causa. Y si había algo que sabía que nunca se rompería era aquel juramento.

5 Arthure

—¿Preservar el qué? ¿Qué queréis preservar? ¿La gloria de un imperio que nunca volverá? —La discusión de de la Goyenne con sus coroneles había llegado a un punto de enfrentamiento—. ¿Acaso creéis que las monedas que salvemos al no utilizarlos van a significar alguna diferencia? ¡No! Movilizar los efectivos ¡ahora! ¡No lo volveré a repetir! —sentenció enfadado. Miró fijamente a Wermer y Bettet y después comenzó a recorrer el interior de la tienda muy alterado. Sus dos subordinados le miraban con desprecio.

—¡Mariscal! —llamó un oficial desde el exterior.

Salió del pabellón acompañado de los coroneles. El capitán señalaba al vado oeste. Un grupo de berserkers habían saltado al río a cuerpo descubierto y, en un arrebató de furia, estaban acabando con todos los soldados tirandesses que cruzaban las planchas. Tras ellos se acercaron dos fornidos norteños que cargaban un barril de brea. Volcaron su contenido sobre el puente de madera. Se escuchó una orden en la orilla opuesta y una lluvia de flechas de fuego cayó sobre aquellos pontones. Los dos primeros comenzaron a arder enseguida. El fuego se extendió en instantes al tercero. Muchos fueron los tirandesses que murieron abrasados, al igual que los berserkers, entre gritos de dolor.

—¡Ese era el único paso que teníamos establecido! —gritó Arthure. Miró los restantes vados. El este no había conseguido avanzar nada y en el central la lucha era

encarnizada. Entró en la tienda y escribió un mensaje. Llamó a uno de los carriers que tomó un caballo y se dirigió a retaguardia.

—He dado orden a los ingenieros de que comiencen el ataque. Preparad a vuestros hombres. —Ni siquiera miró a los oficiales cuando lo dijo. Los escuchó salir de la tienda entre murmullos airados. Arthure escribió una orden más y la llevó a transmitir. El vado oeste se hallaba ahora intransitable. Solo quedaba defenderlo. Movilizó las tropas hasta el vado medio para centrar allí el ataque.

La tierra retumbó. Sonidos metálicos contra el suelo, que iban en aumento. A medida que se acercaban se acrecentó su cadencia.

—¡Abrid espacios! —se escuchó decir a un oficial que observaba tras de él. Los soldados se dividieron formando anchos pasillos entre ellos. El movimiento se repitió en todo el frente.

A la carrera, a grandes zancadas y con tal fuerza que hundían el terreno bajo sus pies, aparecieron decenas de gólems de metal. Tenían la forma de un hombre de tres metros. Eran de un color cobrizo, aunque el material del que estaban compuestos era mucho más resistente. Habían sido esculpidos simulando una armadura con casquete abierto, a la usanza tirandessa. El sonido de sus piezas al moverse producía un concierto de metales ensordecedor. La primera línea pasó entre los soldados. Uno de los gólems cruzó sobre el puente central llevándose por delante a los bárbaros que impedían el avance de los tirandesses. Las tablas no estaban muy bien ensambladas y cedieron ante tanto peso. Pero los gólems no necesitaban puentes para cruzar, el agua les llegaba sobre la rodilla y la corriente no tenía fuerza suficiente para arrastrarlos. Las flechas rebotaban contra ellos y las hachas y espadas no les hacían ningún daño. Arthure sonrió. Los gólems habían cruzado por todo el frente de batalla y estaban aplastando a los norteños que habían tocado a repliegue.

—¡Puentes de metal! —gritó, y varios carriers corrieron a comunicar la orden. Ahora que habían roto la línea de defensa enemiga era el momento de que las tropas cruzaran.

Los siguientes gólems se acercaron también a la carrera, pero, en lugar de cruzar al otro lado, en un rápido movimiento activaron unos resortes que retorcieron sus cuerpos hasta convertirlos en bloques rectangulares. Cayeron a peso sobre el agua. La siguiente andanada hizo lo propio situándose a continuación.

Apenas tuvieron que tumbar dos líneas más para tener varios puentes que cruzaban de una orilla a otra.

—Tenía que haberlos utilizado antes... ¡Adelante! —gritó de la Goyenne, aunque su voz apenas era audible entre el sonido de la batalla. Wermer y Bettet, desde las posiciones cercanas desde donde comandaban a sus tropas, siguieron a regañadientes el mandato.

Lo que restaba de la caballería pesada y la ligera cruzó las pasarelas. Les siguió la infantería. A los arqueros y ballesteros se les dio la orden de dejar de disparar.

Arthure de la Goyenne sonreía complacido. La victoria era segura.

6 Thorgeir

Los estaban masacrando. Aquellos gigantes de metal aplastaban sin piedad tanto a hombres como a bestias. Thorgeir había mandado dar la señal de retroceder. Sus hombres escapaban subiendo por las rocas, donde el abrupto terreno impedía a los gólems continuar. Pero los primeros soldados tirandesses les estaban dando alcance.

El Kerrat Otterket atravesó a dos de ellos con su espada. Oyyo derribó a un caballo que había conseguido subir y desgarró la garganta de su jinete.

—Atrás. —El jefe del clan del Lobo Gris se puso delante de su comandante, el resto de jefe de clanes lo siguieron.

Los gritos de la batalla resonaban contra las montañas cercanas. La confusión embotó los sentidos de Thorgeir. Veía todo suceder a su alrededor muy despacio, como si el tiempo se hubiera ralentizado. Sus hombres morían, sus tierras eran invadidas. La derrota, que se veía inminente, supondría la ruina de Thenoviggr.

Entonces tomó la decisión. Buscó con la mirada al hechicero superior de los Regnerunak. No se había apartado mucho. Se limitaba a esquivar en silencio ataques enemigos. Thorgeir se acercó a él.

—Reclamo el juramento del Regnerunak para mi causa —le dijo en tono calmado pero severo.

—El Regnerunak es tuyo, Thorgeir Balvatarr —contestó el mago impasible—. ¿Qué demandas de nosotros?

—Todo lo que haga falta para salvar a mi gente. —La respuesta de Thorgeir estaba envuelta en desesperación—. Lo que haga falta.

Una sonrisa perversa se dibujó en el rostro del hechicero.

—El juramento del Regnerunak ha sido reclamado —habló y, a pesar de la distancia y el estruendo, sus compañeros parecieron escucharle—. Y lo cumpliremos hasta el final.

Desde distintos puntos de las colinas pedregosas que rodeaban esa parte del río, varias figuras encapuchadas se descubrieron. Conjugaron con ensalmos y movimientos de manos tantas bolas de fuego como magos había y las lanzaron contra los desdichados tirandesses. La tormenta de fuego derritió cuerpos de gólems e incineró a humanos y caballos.

Mientras los norteños seguían ascendiendo por las rocas en busca de refugio, los magos descendieron por ellas. Crearon cúpulas ígneas a su alrededor como defensa y reanudaron su ataque, esta vez con cadenas de rayos que golpearon a varios gólems partiéndolos en pedazos. Se presentaron entonces ante las pasarelas de metal y, en prevención de que los gólems pudieran rearmarse, realizaron un hechizo. El material del que estaban hechos los constructos comenzó a desintegrarse y fue arrastrado corriente abajo. proyectiles mágicos impactaron en los escudos ardientes. Varios incluso consiguieron atravesarlos y herir a alguno de los magos. Los círculos de Bakuk em Abuk estaban contraatacando.

A su baile de conjuros, los Regnerunak respondieron con más esferas de fuego. Una batida que se llevó por delante a muchas tropas tirandessas, en la otra orilla. Estaban perplejos ante tal despliegue de poder. Se hizo el silencio a la espera de una orden que no llegaba.

Thorgeir observó el campo sembrado de fuego, las carnes calcinadas y los metales fundidos. Nunca hubiera imaginado el alcance de la destrucción de la lucha por un río.

—¡Basta! —gritó desde lo alto.

Pero los hechiceros hicieron caso omiso.

—¡Basta, he dicho!

El superior de los magos, al pie del agua, se giró hacia él. Thorgeir le escuchó hablar en su cabeza:

—El juramento ha sido reclamado. El juramento ha de ser cumplido... hasta el final.

Thorgeir sintió el miedo recorrer su espalda cuando el mago se volvió de nuevo para enfrentar al enemigo. Al unísono los hechiceros elevaron un conjuro que los hizo levitar sobre el agua. Al tocar tierra en la otra orilla comenzaron a caminar de forma pausada entre

las tropas tirandessas y, una vez rodeados por ellas, sin poder ser tocados gracias a sus escudos de fuego, realizaron el sortilegio final.

Uno a uno los hechiceros del Regnerunak se inmolaron en una deflagración de poder que consumió los cuerpos de los soldados tirandesses, desde el río hasta las colinas del sur.

Un silencio sepulcral se adueñó de las vegas devastadas del Velantyo.



PRÓXIMA ENTREGA

**¿Quieres escribir en la revista?
¡Te esperamos!**

**Permanece atento a nuestras
redes sociales para la apertura de la
recepción de manuscritos.**

Estamos deseando descubrirte.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIRNOS EN REDES SOCIALES!